
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Clark Carrados
LOBOS CONTRA LOBOS


ST
SELECCION
TERROR

CLARK CARRADOS

LOBOS CONTRA LOBOS

Colección SELECCION TERROR n.° 571 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS – MEXICO

ISBN 84—02 02506 4 Depósito legal: B. 42.673—1983

Impreso en España Printed in Spain

1.* edición en España: febrero, 1984 I.* edición en América: agosto. 1984

A Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España) Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N—152. Km 21.6501 Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

Cuando Jammy Long se vio a la puerta de la iglesia, ataviado convenientemente y a punto de convertirse en el esposo de la encantadora Audrey Hatterly, decidió de repente que ella no era la mujer de su vida y escapó como si le persiguieran cien legiones de demonios.

Pasó lo que suele suceder en ocasiones semejantes: crisis de nervios en la novia desdeñada, ataque de histeria en su madre y enfurecimiento del padre, cosas que no consiguieron remediar la situación. La boda se había deshecho y el novio se había evaporado como si jamás hubiera existido.

Dos semanas más tarde, Long, vestido desastradamente, casi sin un centavo en los bolsillos y con la barba sin afeitar en todo aquel tiempo, aterrizó en Los Angeles, después de haber sido transportado por un caritativo camionero.

Entonces, casualmente, se encontró con un viejo amigo, a quien hacía muchos años que no veía, Bucky Callahan, el cual, apiadado de su situación, le invitó a hospedarse en su casa. Veinticuatro horas más tarde, Callahan, que se había enterado de lo ocurrido a su amigo, le dijo que tenía que ausentarse durante unos cuantos días y que podía quedarse en la casa todo el tiempo que quisiera.

—Como si fuese la tuya, Jammy.

Callahan parecía tener mucha prisa, pero Long no le concedió importancia, dada la profesión de su amigo, sin embargo le preocupaba una cosa y así se lo expresó, cuando el otro ya estaba en la puerta.

—No temas, Jammy; no diré una sola palabra de ti o de tu ex novia en mi columna. Para algo son los amigos, ¿no?

Long se quedó solo, muy aliviado, porque sabía que allí no le iban a localizar. Aunque estrictamente no le temía, le habría desagradado profundamente encontrarse con el todopoderoso señor Hatterly, padre de Audrey, y estaba razonablemente seguro de que la casa de su amigo, bastante lujosa por cierto, era el mejor escondite que podía desear en los momentos actuales.

Se había marchado de su residencia habitual con lo puesto y encontró en casa de su amigo ropas suficientes para mudarse. Callahan y él eran de la misma

complexión y decidió abandonar aquel aspecto de vagabundo sin dinero y sin oficio ni beneficio. Había podido resultar agradable unos días, pero más tiempo representaba una serie de molestias que no tenía por qué soportar.

El futuro, por otra parte, no le preocupaba. Era joven, emprendedor y sabría salir adelante sin la ayuda del señor Hatterly, ayuda que, estaba seguro, habría consistido en una mano pesada y eternamente apoyada en su hombro.

«Nada de esclavitud, viva la libertad», se dijo.

Veinticuatro horas más tarde, llamaron a la puerta. Al abrir, Long se encontró con una furiosa mujer de unos cincuenta años, elegantemente ataviada. Llovía fuerte y ella empezó a darle paraguazos con el que había traído para protegerse de la lluvia, a la vez que le insultaba con una variedad de epítetos que no habría creído nunca pudieran salir de la garganta de un ser humano.

La mujer pareció calmarse sólo cuando el paraguas se hubo convertido en algo irreconocible. Entonces se marchó, profiriendo amenazas en las que estaban mezclados los nombres de abogados y tribunales de justicia e indemnizaciones por daños y perjuicios.

Long no comprendía lo sucedido, aunque se figuró que la mujer estaría resentida por algún artículo publicado por su amigo. Se lo diría cuando volviese.

Veinticuatro horas más tarde volvieron a llamar. Esta vez, precavido, Long pudo esquivar a tiempo el chorro de ácido que le tiró otra mujer, más joven y agraciada que la anterior. La alfombra del vestíbulo quedó hecha una miseria.

Long empezó a pensar que seguir en casa de su amigo podía resultar tan peligroso como vivir en la jaula de los leones de algún zoo. Y se dispuso a procurarse un nuevo hospedaje. Pediría dinero a su cuenta, a través de algún banco y…

Sus proyectos no tuvieron realización práctica. Apenas un cuarto de hora más tarde volvieron a llamar a la puerta.

Abrió, disponiéndose a salir, pero dos fornidos sujetos le cortaron el paso.

—No tan de prisa, señor Callahan —dijo uno de ellos.

—Yo no soy Callahan…

—Ya, y yo no soy el Gran Lama del Tibet —añadió el otro con sarcasmo.

Entonces los dos desconocidos, como si se hubieran puesto de acuerdo, agarraron a Long por los brazos y, alzándolo en vilo, lo condujeron hasta un automóvil que aguardaba frente a la casa.

Long fue arrojado al interior del coche sin contemplaciones. Uno de los sujetos se puso al volante. El otro se sentó junto al joven y le enseñó un revólver, que puso bajo sus narices.

—Un solo grito, un solo movimiento en falso y le vuelo los sesos. ¿Está claro?

Long tragó saliva.

—Sí, muy claro, pero repito que yo no soy…

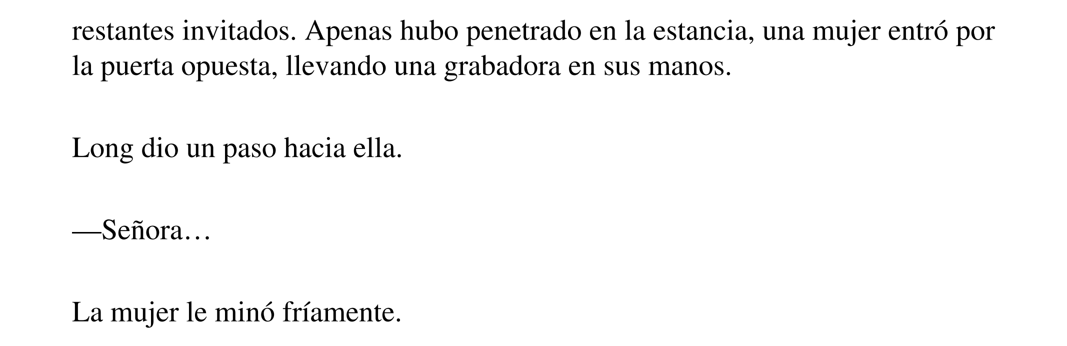
—¡Cállese! No quiero oírle una sola palabra más, ¿entendido?

El joven se dio cuenta de que la cosa iba en serio. Sus secuestradores, porque no podía llamarles de otra manera, le habían confundido con Callahan, era evidente. Lo llevaban a alguna parte, seguramente por encargo de algún tipo poderoso, a quien su amigo había ofendido con Dios sabía qué comentarios publicados en el periódico para el cual trabajaba. Entonces se desharía el equívoco y…

El viaje duró un tiempo que se le hizo interminable. Al fin, fue introducido en una lujosa mansión, en la que ya se hallaban otras siete personas más, una de las cuales era una mujer, de unos treinta y cinco años, guapa y vistosa, en cuyos ojos sin embargo se reflejaba cierto temor que Long no supo a qué atribuir.

Eran invitados, dedujo, a alguna fiesta cuyo motivo desconocía. En la sala donde se hallaba el grupo, todos con caras muy serias, había una gran chimenea, con un agradable fuego encendido, lo cual proporcionaba un ambiente de placidez, que sin embargo no parecía cuadrar demasiado con las circunstancias.

El sorprendido Long no tuvo tiempo siquiera de presentarse o de conocer a los



restantes invitados. Apenas hubo penetrado en la estancia, una mujer entró por la puerta opuesta, llevando una grabadora en sus manos.

Long dio un paso hacia ella.

—Señora…

La mujer le minó fríamente.

—Después podrá decir todo lo que quiera —atajó con energía, a la vez que depositaba la grabadora sobre la mesa.

Hubo unos instantes de silencio. Long estudió a la mujer, que no tenía muchos más de treinta años, alta, de formas estatuarias, pelo intensamente negro recogido en un gran moño y ojos verdosos que casi le parecieron de una serpiente mortífera. Los demás también la contemplaban sin pronunciar una sola palabra.

—Señoras, caballeros —dijo al fin la mujer—, como viuda del que fue en su existencia terrenal Howard K. Marawnee, debo hacerles conocer sus últimas disposiciones testamentarias, contenidas en la cinta que hay en este aparato reproductor de sonido.

Una vez las hayan escuchado, podrán adoptar las decisiones que mejor agraden o convengan a cada uno de ustedes. Si así lo prefieren, pueden quedarse en la casa todo el tiempo que gusten o marcharse inmediatamente después de conocer el mensaje grabado de mi difunto esposo.

La señora Marawnee hizo una corta pausa antes de emitir lo que a Long le pareció su última parrafada.

—Debo decir que mi esposo fue un hombre previsor y que, por lo tanto yo estaré enterada de que se han cumplido fielmente sus últimas disposiciones. En esta cinta se habla de una determinada cantidad de dinero. No digo más; escúchenla y obren en consecuencia. ¡Buenas noches!

Ninguno de los presentes había despegado los labios. Long no se atrevió tampoco.

La señora Marawnee salió y Long se quedó con los otros siete invitados a los cuales no había visto hasta entonces y de quienes desconocía todo en

absoluto.

***

—Bueno —dijo de pronto uno de los invitados, rompiendo el tenso silencio en que había caído después de la marcha de la anfitriona—, ¿y si nos enterásemos de lo que dijo el difunto Marawnee antes de «diñarla»?

—Será una trampa, seguro —expresó la mujer temerosamente.

—Nada de trampa, Cynthia Fergus —contradijo otro de los presentes—. Por cierto, amigo, usted es Callahan, el periodista —añadió, dirigiéndose al joven.

Long no sabía qué decir. El hombre que había hablado asintió.

—Sí, también Marawnee tenía algo que decir de usted —rio fuertemente—, ¿Y de vosotros dos, Tom y Tim Neele?

Long volvió la vista a los nombrados, dos sujetos de rostros estólidos, altos, delgados, vestidos de oscuro y con aspecto de enterradores. Eran gemelos, no cabía duda.

—Oigamos lo que dijo Marawnee —propuso uno de los gemelos.

—Perdonen — intervino el joven—, pero yo no…

—¡Cállese, maldito chismoso! —cortó Cynthia—. Sam Ockett, ¿también a usted tenía algo que «agradecerle» Marawnee?

El nombrado, un sujeto gordo, con doble papada y sin pelo en la cabeza, se llevó una mano a la garganta.

—Tuvimos… negocios en común.

—¿Y tú, Nils Barnard?

Era un hombre joven, apuesto, de aire petulante. Encogiéndose de hombros contestó con displicencia:

—Lo que hubo entre la señora Marawnee y yo no es de la incumbencia de nadie.

—Ah, conque también tú anduviste liado con esa zorra —dijo la mujer burlonamente.

Long decidió callar y observar a los presentes, más por curiosidad que por interés personal. Le habían confundido con su amigo y así se lo diría cuando volviese a verle.

Pero también quería conocer el testamento de Marawnee, cuyo nombre había oído por primera vez al entrar en aquella casa.

—Por favor —dijo otro de los invitados, un tipo delgado, casi esquelético manoteando aparatosamente—, dejémonos de reproches personales. Todos, más o menos, nos conocemos…

—Demasiado, Rod Patterson —te interrumpió Cynthia con una malévola risita—, Y el difunto también te conocía, ¿no?

Patterson enrojeció de ira.

—En estos momentos comprendo a los hombres que estrangulan a las mujeres —barbotó.

Reilly Zassen, un sujeto menudo, de expresión untuosa y gestos amanerados, señaló con una mano a la grabadora.

—¿Y si escuchásemos lo que dijo Marawnee?

Entonces, uno de los gemelos se puso en pie. Cynthia movió una mano.

—Tú, ¿quién eres? ¿Tom o Tim? —preguntó, sarcástica—. ¿Dónde os duplicaron con tanta exactitud?

—Yo soy Tom y Tom es Tim, y Tim es Tom —contestó el sujeto con tétrico acento.

«Como enterradores deben de tener un éxito rotundo», pensó Long.

—Uno para todos y todos para uno, pero sólo son dos —rio Cynthia nuevamente.

—¿Querrás callarte de una vez? —exclamó Patterson, furioso—. Vamos, señor Neele, no importa si es Tom o Tim, presione ya esa maldita tecla de puesta en marcha.

—Sí, señor, con mucho gusto.

El silencio se hizo súbitamente. Neele quedó en pie junto a la grabadora. De pronto se oyó una voz:

«Yo, Howard K. Marawnee, en pleno uso de mis facultades mentales, y considerando que esta cinta de sonido es una parte de mi testamento absolutamente inimpugnable, y por tanto que deben cumplirse todas las disposiciones que en ella expreso de viva voz, declaro que mi viuda entregará medio millón de dólares a una de las ocho personas que voy a nombrar y bajo las condiciones que diré a continuación. Las ocho personas son:

Bucky Callahan, Rod Patterson, Cynthia Fergus, Sam Ockett, Nils Barnard, Reilly Zassen y los hermanos Thomas y Timothy Neele. »

Las condiciones para que uno de los ocho reciba el medio millón de dólares son: deberá dar muerte, por el procedimiento que mejor prefiera, a los siete restantes, y presentar las pruebas de que lo que dice es cierto, para lo cual entregará a mi viuda el dedo índice de la mano derecha, convenientemente separada de su cuerpo. Mi viuda posee las huellas dactilares de los ocho nombrados y así podrá comprobar efectivamente que no se trata de ningún engaño. En ese momento, repito, hará entrega de la suma antes mencionada.»

Hubo una corta interrupción y luego se oyó una estruendosa carcajada.

«Medio millón de dólares son capaces de convertir al hombre más piadoso en un vesánico asesino. ¡Suerte, lobos!»

Se oyó un click, indicador de que la grabación había terminado. Luego sobrevino un espantoso silencio.

CAPITULO II

Durante unos momentos ninguno de los presentes pronunció una sola palabra. Todos, apreció Long, meditaban acerca de las últimas y extravagantes disposiciones testamentarias de Marawnee.

Long sentía un pánico tremendo. Su amigo Callahan debía de haber estado allí, en su lugar. Al parecer ninguno de los presentes le conocía personalmente, por lo que cualquier argumento suyo en defensa de su propia identidad sería rechazado de modo automático.

—Bueno —exclamó Zassen de pronto—, esto es lo más absurdo que he oído en mi vida…

—Propongo una cosa —dijo Cynthia, jugueteando negligentemente con las perlas del collar que rodeaba su garganta—. Señor Zassen, usted que es un experto contable, ¿a cuánto tocaríamos cada uno si tuviésemos que repartir equitativamente entre todos nosotros los quinientos mil dólares?

—Sesenta y dos mil quinientos —contestó el interpelado en el acto.

—Gracias —dijo Cynthia, sobre la cual convergían todas las miradas—. Entonces, lo que tengo que proponer es lo siguiente: Perder un dedo a cambio de sesenta y dos mil quinientos dólares.

Patterson abrió la boca. Barnard respingó.

—¿Debemos dejarnos cortar un dedo a cambio de…?

—¿Prefieres perder el índice derecho o el pellejo? —preguntó fríamente la mujer.

—Supongamos que se acepta tu proposición —intervino Ockett—. Son ocho amputaciones y tendría que hacerlas algún experto, con anestesia, supongo…

—Tú conoces a médicos que curan heridas de bala sin hacer preguntas —respondió Cynthia.

Ockett se agitó incómodo en su asiento.

—Bueno, pero… son ocho dedos…

—Entonces, déjate cortar el tuyo después de muerto…

Barnard adelantó el torso.

—¿Y quién llevaría a la viuda los dedos?

—Por sorteo, claro.

—Luego, el afortunado, podría alzar el vuelo con medio millón y los demás nos quedaríamos con un palmo de narices.

Long decidió que ya había oído bastante. Mientras los otros discutían la cuestión, había fijado la vista un par de veces en los gemelos. Ambos, con disimulo, se habían tocado el interior de las respectivas chaquetas.

Guardaban sendas pistolas. Lo mismo podían empezar a tiros allí mismo con los invitados. Dado su aspecto, no creía les impresionase demasiado el tener que cortar seis dedos. Luego ya se buscarían a alguien que amputase los suyos y…

—Disculpen un momento, señora, señores —carraspeó—. Si me lo permiten yo también tengo una buena idea que exponer, pero antes… Por favor… necesito ir un momento al baño…

—Hay un lavabo junto a la cocina, saliendo de aquí, la segunda puerta a la mano derecha — indicó Cynthia.

—Conoces bien la casa, ¿eh? —dijo Barnard irónicamente.

—Los dos la conocemos, pero por distintos motivos —replicó la mujer en el acto.

Long abandonó la sala. Su necesidad de ir al baño era sólo un pretexto. Había dicho que tenía una buena idea, pero era sólo un cebo para hacer creer a los otros que pensaba quedarse a discutir el asunto.

No tenía la menor intención de seguir adelante con un caso que era un macabro disparate. Le habían llevado hasta allí a la fuerza, no sabía dónde estaba ni tampoco tenía vehículo para regresar a la ciudad.

La casa era grande, con muchas habitaciones. Había sitio de sobra para esconderse, sin que los otros le encontrasen, caso de buscarle. Y en cuanto se viese libre de aquella pesadilla…

En la planta baja no se quedaría, por supuesto. Cuanto más lejos del grupo, mejor.

Alcanzó la puerta y salió al vestíbulo.

A pocos pasos de distancia estaba la escalera que conducía al primer piso, amplia, con balaustrada de madera oscura y pulida. Pisando sin hacer el menor ruido, corrió hacia la escalera y subió los peldaños de dos en dos, hasta llegar al corredor superior.

A derecha e izquierda vio puertas que, supuso, permitían el acceso a distintas habitaciones. Eligió la del fondo a la derecha, y en cuestión de segundos ya estaba al otro lado.

Encendió la luz un instante. En el lado opuesto divisó la puerta de un enorme armario.

Apagó y corrió hacia allí. Asió el tirador, lo hizo girar y se precipitó en el interior, cerrando instantáneamente.

Entonces tropezó con algo que jamás habría soñado encontrar en aquel escondite: el cuerpo de una persona. Y en el mismo instante, aquella persona emitió un grito de terror:

—¡Por favor, no me mate! Tengo dinero, le daré lo que me pida, pero respéteme la vida…

A Long no le causó tanta sorpresa encontrar a una persona en el interior del armario como enterarse de su identidad. Casi no podía creerlo. Le parecía un sueño, pero la voz era inconfundible y, a fin de cerciorarse mejor y evitar errores, sacó el encendedor y presionó el resorte.

La llamita iluminó un rostro que le era harto conocido.

—¡Dios de Abraham! —exclamó sin poder contenerse—, ¿Qué haces aquí, Audrey Hatterly?

***

Era su novia, la mujer con la cual debía haberse casado semanas antes. Estaba allí y era un hecho del que no podía dudar.

La joven aparecía profundamente conturbada.

—Me he escondido… Oí lo que decían en la sala y me entró miedo… Quise escapar, pero la puerta de la casa está cerrada con llave… No me dio tiempo a buscar otra vía de escape, oí que alguien iba a salir de aquella estancia y corrí a este piso. Noté pasos detrás de mí; pensaba que me perseguían para matarme y me escondí en este armario… pero, Jammy, nunca habría creído que fueses tú…

Long se pasó una mano por la cara. Guardó el encendedor y procuró recobrar la serenidad.

—Vamos a ver si nos aclaramos —propuso—. Hace poco tú y yo íbamos a casamos y te dejé plantada ante el altar. Pero eso ocurrió a más de mil kilómetros. ¿Cómo demonios has aparecido aquí, si, por lo que tengo entendido, no has estado jamás en esta casa ni creo que hayas conocido al difunto Howard K. Marawnee?

—Es cierto —admitió la joven—. Nunca había estado aquí ni conocía tampoco a Marawnee. Pero pude ver que te traían secuestrado y decidí seguirte para ver lo que sucedía. Entré en la casa por la puerta trasera, percibí ruido de voces y me acerqué a escuchar. Entonces oí algo fantástico… Dime, Jammy, ¿es cierto que el que mate a los otros siete tendrá medio millón de dólares?

—Eso es lo que dice la grabación —contestó él malhumoradamente—, Aunque yo, si tuviera intenciones de matar a los siete restantes, no confiaría demasiado en que la viuda Marawnee me pagase esa suma.

—Bueno, pero ¿por qué quiere Marawnee vengarse de siete personas, de forma tan macabra? Incluso creo que es preciso probar sus muertes, cortándoles el índice derecho, ¿no es así?

—¡Y yo qué sé! Está grabado como has oído y es todo lo que puedo decirte. A mí me confundieron con Callahan, esto es evidente, pero no encuentro ninguna otra explicación para el resto de los acontecimientos.

—Es verdaderamente curioso —comentó Audrey—. El testamento de un excéntrico vengativo… Tiene, tenía motivos de venganza contra ocho personas, pero dejará que una sobreviva, a cambio de matar a la otras siete. Tu amigo el periodista podría escribir un buen reportaje sobre el asunto, ¿no te parece?

—¿Callahan? Él no se dedica a esta clase de temas… Oye, ¿cómo demonios conoces tú mi relación de amistad con el periodista?

—Jammy, tú mismo me lo has dicho en alguna ocasión. Hace muchos años que no le tratabas, aunque tenías noticias suyas indirectas. También dijiste que era el mejor amigo que habías tenido…

—Entonces por eso viniste a buscarme a su casa —adivinó Long.

—Sí. Pregunté en muchos sitios, pero en ninguna parte supieron darme noticias suyas. Entonces leí un reportaje en el Times…

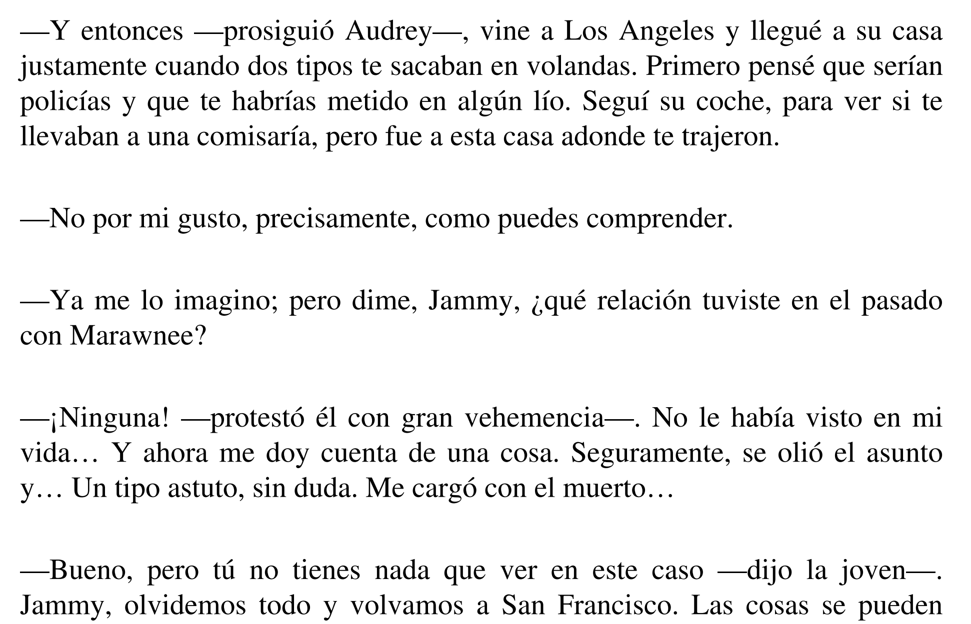
—El escribe en el Clarion —respingó el joven.

—Lo sé, pero yo hablo del periódico de San Francisco, que publica una columna semanal suya.

—No lo sabía. No leo el Times, Audrey.

—Bien, al leer el reportaje, me acordé de pronto de lo que habías dicho y se me ocurrió que quizá Callahan podría darme noticias tuyas. Llamé por teléfono, pero lo tenía constantemente descolgado…

—Lo hice yo —dijo Long con sarcasmo—. En las primeras veinticuatro horas no dejó de sonar, y no podía dormir, así que lo descolgué.



—Y entonces —prosiguió Audrey—, vine a Los Angeles y llegué a su casa justamente cuando dos tipos te sacaban en volandas. Primero pensé que serían policías y que te habrías metido en algún lío. Seguí su coche, para ver si te llevaban a una comisaría, pero fue a esta casa adonde te trajeron.

—No por mi gusto, precisamente, como puedes comprender.

—Ya me lo imagino; pero dime, Jammy, ¿qué relación tuviste en el pasado con Marawnee?

—¡Ninguna! —protestó él con gran vehemencia—. No le había visto en mi vida… Y ahora me doy cuenta de una cosa. Seguramente, se olió el asunto y… Un tipo astuto, sin duda. Me cargó con el muerto…

—Bueno, pero tú no tienes nada que ver en este caso —dijo la joven—. Jammy, olvidemos todo y volvamos a San Francisco. Las cosas se pueden arreglar; nos casamos y…

Al mismo tiempo que hablaba, se acercó a él y le abrazó apasionadamente. Long se enfureció.

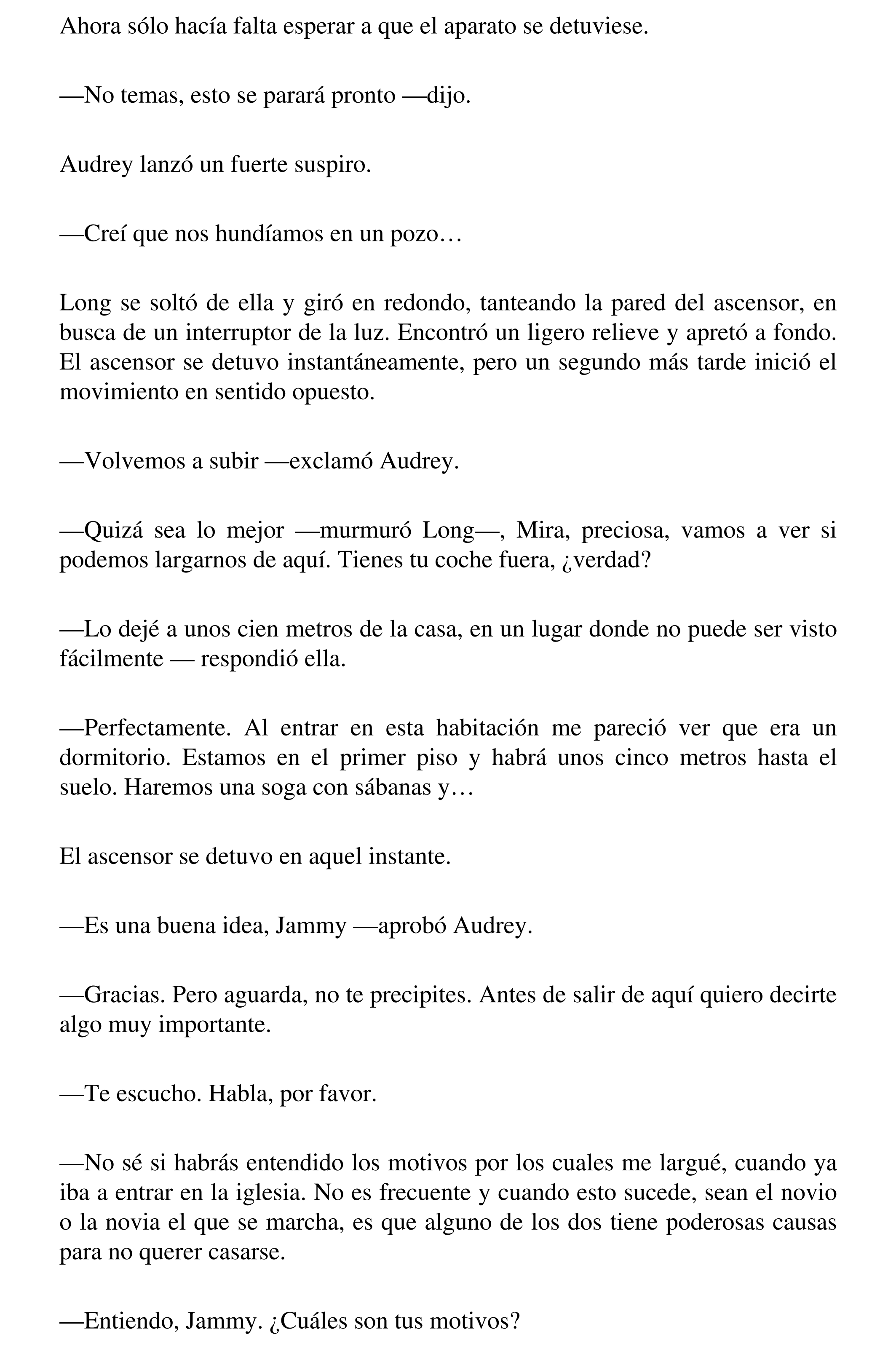
—¡No! —dijo, a la vez que retrocedía vivamente.

Su espalda chocó contra la pared del muro y, en el mismo instante, el suelo se hundió bajo los pies de la pareja.

***

Llena de pánico, Audrey lanzó un grito y se apretó contra Long con más fuerza todavía.

El joven, tras la primera impresión, se tranquilizó rápidamente, porque se daba cuenta de que estaban en un ascensor. Al tocar la pared con su espalda, debía de haber presionado el resorte que ponía la maquinaria en funcionamiento, pensó.



Ahora sólo hacía falta esperar a que el aparato se detuviese.

—No temas, esto se parará pronto —dijo.

Audrey lanzó un fuerte suspiro.

—Creí que nos hundíamos en un pozo…

Long se soltó de ella y giró en redondo, tanteando la pared del ascensor, en busca de un interruptor de la luz. Encontró un ligero relieve y apretó a fondo. El ascensor se detuvo instantáneamente, pero un segundo más tarde inició el movimiento en sentido opuesto.

—Volvemos a subir —exclamó Audrey.

—Quizá sea lo mejor —murmuró Long—, Mira, preciosa, vamos a ver si podemos largarnos de aquí. Tienes tu coche fuera, ¿verdad?

—Lo dejé a unos cien metros de la casa, en un lugar donde no puede ser visto fácilmente — respondió ella.

—Perfectamente. Al entrar en esta habitación me pareció ver que era un dormitorio. Estamos en el primer piso y habrá unos cinco metros hasta el suelo. Haremos una soga con sábanas y…

El ascensor se detuvo en aquel instante.

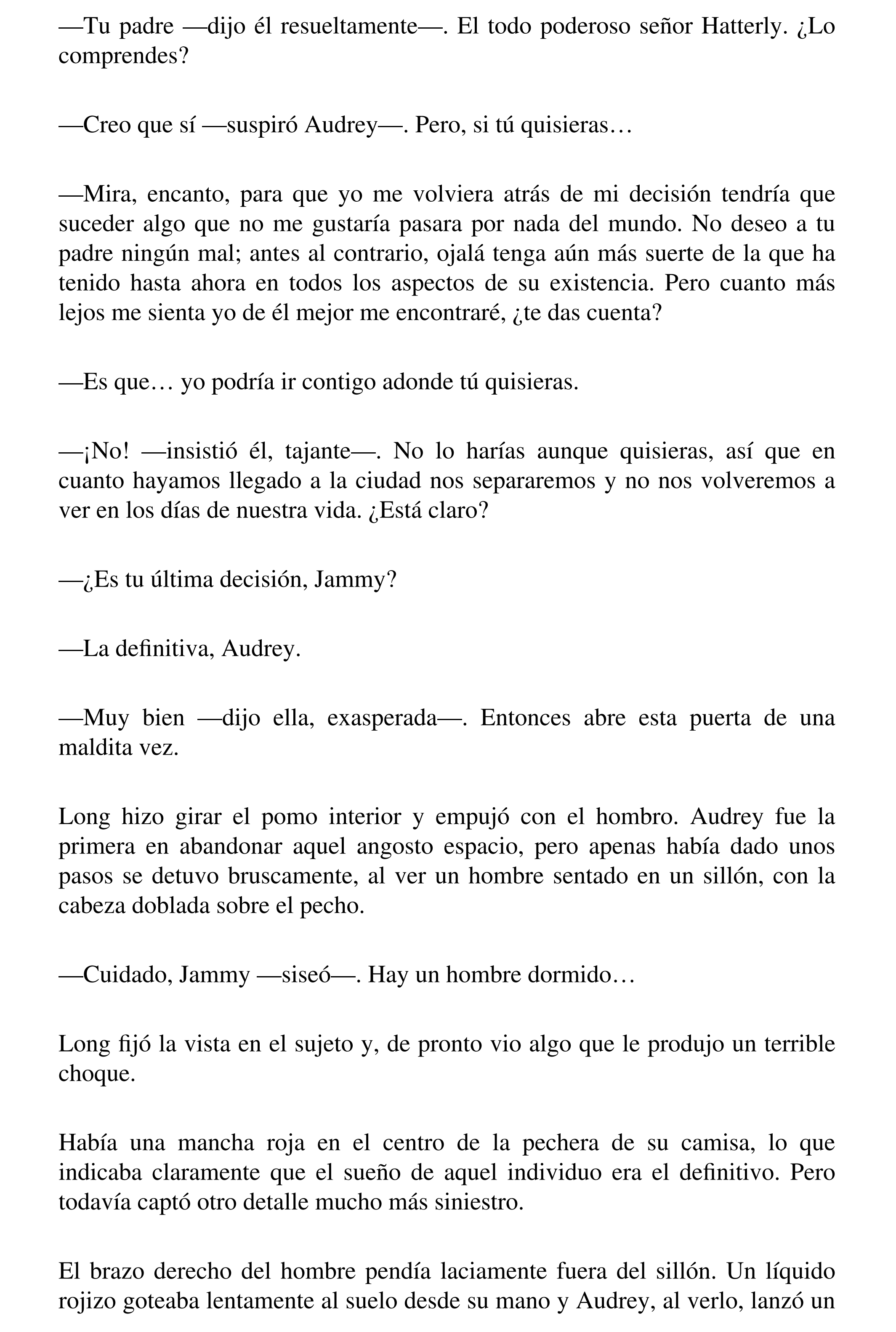
—Es una buena idea, Jammy —aprobó Audrey.

—Gracias. Pero aguarda, no te precipites. Antes de salir de aquí quiero decirte algo muy importante.

—Te escucho. Habla, por favor.

—No sé si habrás entendido los motivos por los cuales me largué, cuando ya iba a entrar en la iglesia. No es frecuente y cuando esto sucede, sean el novio o la novia el que se marcha, es que alguno de los dos tiene poderosas causas para no querer casarse.

—Entiendo, Jammy. ¿Cuáles son tus motivos?



—Tu padre —dijo él resueltamente—. El todo poderoso señor Hatterly. ¿Lo comprendes?

—Creo que sí —suspiró Audrey—. Pero, si tú quisieras…

—Mira, encanto, para que yo me volviera atrás de mi decisión tendría que suceder algo que no me gustaría pasara por nada del mundo. No deseo a tu padre ningún mal; antes al contrario, ojalá tenga aún más suerte de la que ha tenido hasta ahora en todos los aspectos de su existencia. Pero cuanto más lejos me sienta yo de él mejor me encontraré, ¿te das cuenta?

—Es que… yo podría ir contigo adonde tú quisieras.

—¡No! —insistió él, tajante—. No lo harías aunque quisieras, así que en cuanto hayamos llegado a la ciudad nos separaremos y no nos volveremos a ver en los días de nuestra vida. ¿Está claro?

—¿Es tu última decisión, Jammy?

—La definitiva, Audrey.

—Muy bien —dijo ella, exasperada—. Entonces abre esta puerta de una maldita vez.

Long hizo girar el pomo interior y empujó con el hombro. Audrey fue la primera en abandonar aquel angosto espacio, pero apenas había dado unos pasos se detuvo bruscamente, al ver un hombre sentado en un sillón, con la cabeza doblada sobre el pecho.

—Cuidado, Jammy —siseó—. Hay un hombre dormido…

Long fijó la vista en el sujeto y, de pronto vio algo que le produjo un terrible choque.

Había una mancha roja en el centro de la pechera de su camisa, lo que indicaba claramente que el sueño de aquel individuo era el definitivo. Pero todavía captó otro detalle mucho más siniestro.

El brazo derecho del hombre pendía laciamente fuera del sillón. Un líquido rojizo goteaba lentamente al suelo desde su mano y Audrey, al verlo, lanzó un

chillido de terror.

—¡Dios mío, le han cortado el índice de la mano derecha! —exclamó Long.

CAPITULO III

En el resto de la casa no se percibía el menor sonido. Audrey parecía a punto de desmayarse y Long, rehecho en parte, la sostuvo por la cintura.

—No te muevas —aconsejó en voz baja—. Voy a ver…

—Por favor, Jammy, no me dejes sola —rogó la joven.

Long apretó los labios.

—Está bien, pero no hagas el menor ruido —dijo—. Ese hombre ha sido asesinado, no cabe duda. Yo no entiendo mucho de crímenes, pero apostaría que le clavaron un punzón o algo por el estilo. Luego le cortaron el dedo…

—Jammy, ahórrame detalles. Lo he visto —exclamó Audrey con voz crispada.

—Disculpa. Sólo quería decir que hemos de tener mucho cuidado. Hay medio millón de dólares en juego y alguno de los invitados sería capaz de cortar el cuello a su padre por la milésima parte de esa suma.

—¿Tú crees?

—No te quepa la menor duda. Anda, vamos.

Sin hacer ruido, caminaron hacia la puerta, que Long abrió con el mayor cuidado. Abajo tampoco se percibía el menor sonido.

Long pensé que no tenía ningún arma a mano para defenderse, cosa que le hacía sentirse muy aprensivo. De pronto vio junto a la puerta, sobre una consola baja, una lámpara que consistía en una estatua de bronce, con su pantalla.

Resueltamente, arrancó la pantalla de un tirón, hizo lo mismo con el cable y luego desenroscó la bombilla. Satisfecho, blandió la estatua, que tenía unos sesenta centímetros de altura.

—Ahora me siento un poco más tranquilo —manifestó.

Peldaño a peldaño descendieron a la planta baja. Long se acercó a la puerta de la sala donde había tenido lugar la reunión y la abrió muy despacio.

—Aquí no hay nadie — murmuró.

—¿Se habrán marchado? —sugirió Audrey.

—Puede ser…

Long cruzó el vestíbulo y abrió la puerta. Un chorro de aire fresco le dio en la cara.

—Paso libre —anunció—. ¿Recuerdas bien dónde está tu coche?

—Sí, Jammy. Anda, vámonos pronto de aquí; esta casa me da un pánico terrible.

Long dejó la estatua en el suelo y dejó que Audrey, con su mano en la suya, le guiase hasta donde había dejado el automóvil. Al llegar junto al vehículo le entregó las llaves.

—Toma, yo no estoy en condiciones de manejar el volante —dijo.

—Muy comprensible —respondió Long.

El coche se puso en movimiento inmediatamente. Audrey se hundió en su asiento.

—¡Qué noche! —comentó cuando ya rodaban a buena velocidad, alejándose rápidamente de la casa—. Creo que no la olvidaré en los días de mi vida. ¿Y tú, Jammy?

—Me costará mucho quitármela de la mente —convino el joven.

—¿Sabes quién era el muerto?

—Reilly Zassen, pero no me preguntes más detalles, porque hoy le vi por

primera vez y no tengo la menor idea de lo que hacía en vida.

—Marawnee podría decimos algo si viviera, ¿no crees?

—O la viuda, Audrey.

—¿La viste tú?

—Sí, aunque no hablé con ella. Es una mujer muy hermosa…

Long se interrumpió de repente. Acababa de ocurrírsele una idea, pero la desechó de inmediato. «No, sería una estupidez y yo me marché de la iglesia por complicaciones. Si ahora lo hiciera, tendría más problemas que los que quise evitar negándome a casarme con Audrey», pensó.

Pero aquella idea se había fijado en su mente de una forma obsesiva y, de pronto, supo que no se sentía tranquilo hasta haberla llevado a la práctica.

Audrey le hablaba, pero él no la escuchaba. Al cabo de unos momentos, la joven, enojada, exclamó:

—¡Jammy, aún no me has contestado! ¿Qué te pasa? Al menos podrías decir algo, siquiera fuese por mera cortesía.

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo? —habló Long, como si despertara bruscamente de un pesado sueño—. Estaba distraído, perdóname, Audrey.

—Te decía —expresó ella pacientemente—, que no tengo dónde alojarme esta noche.

—Puedes ir a un hotel. Los hay muy lujosos…

—¡No, no quiero quedarme sola! Jammy, ¿te importaría que pasara la noche contigo?

El joven respingó.

—¡Audrey!

—Cada uno en su habitación, estúpido.

—Ah, claro… Pero ¿dónde?

—En tu casa, claro.

—No es la mía, sino de mi amigo el periodista. Me la cedió durante su ausencia.

—Bueno, ¿para qué buscar otro alojamiento? Mañana será otro día, ¿no te parece?

Long suspiró, resignado. «Sí, mañana será otro día y me libraré de ella», se dijo.

—Conforme, Audrey —accedió.

Callaron durante unos momentos. Luego Audrey formuló una pregunta:

—Jammy, ¿piensas avisar a la policía?

—Ni en sueños —replicó él firmemente—. Otro, u otros, se encargarán de hacerlo. No quiero complicaciones, muñeca.

—Es lo mejor, en efecto —concordó la muchacha con un hondo suspiro.

***

Long se levantó no muy temprano a la mañana siguiente y, al salir del baño, percibió un agradable olor de huevos y tocino frito y café. Al acercarse a la cocina, vio a Audrey, con un delantal, con una sartén en la mano.

—Anda, siéntate —indicó la muchacha—. En seguida te serviré el desayuno.

—No me lo puedo creer —dijo él socarronamente—. La bella Audrey

Hatterly friendo huevos como un ama de casa cualquiera…

—¿Acaso te crees que me asusta meterme en la cocina? —replicó ella, picada en su amor propio—. Puede que te parezca una fábula, pero en la escuela a la que asistí hasta mi graduación seguí un curso de cocina completo y me gané el puesto número uno.

—Te montaré un restaurante — prometió Long, mordaz—. ¿Qué tal has pasado la noche, encanto?

—Mejor de lo que esperaba. Tardé un poco en conciliar el sueño, pero luego he dormido de un tirón… ¿Y tú?

Ella le puso el plato delante. Long lo contempló con fingida aprensión.

—No hay ningún dedo frito —dijo.

—Esa es una broma de muy mal gusto —le reprendió Audrey—. La verdad es que no esperaba presenciar un espectáculo semejante…

—Si seguimos comentando el crimen perderemos el apetito.

—Tienes razón —convino ella, a la vez que se sentaba frente al joven—. ¿Qué planes tienes para hoy, Jammy? Long la miró fijamente.

«Es muy hermosa y quizá no sea una mala chica, pero está viciada por el ambiente en que ha crecido y se ha educado», pensó.

Los cabellos dorados formaban una especie de aureola en torno al rostro de Audrey y sus ojos tenían las pupilas azules más bonitas que había visto jamás. Su figura era perfecta y graciosos sus ademanes, sin afectación alguna, pero…

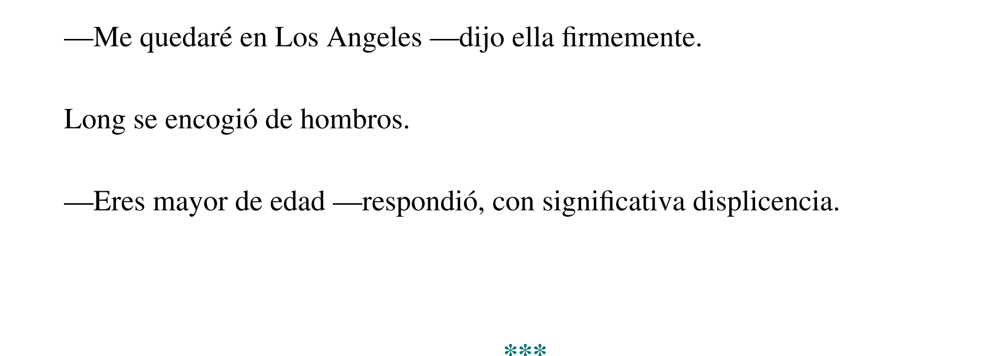
«Olvídala, no serías feliz a su lado», se dijo.

—Necesito tu coche — manifestó al cabo de unos instantes.

—Úsalo todo cuanto lo necesites, sin limitación alguna. ¿Adónde piensas ir?

—Lo siento, pero no puedo decírtelo. Tú te puedes quedar en casa todo el tiempo que quieras Naturalmente, no pondré objeción alguna a que te vayas a

un hotel… o te vuelvas a casa, con tus padres.



—Me quedaré en Los Angeles —dijo ella firmemente.

Long se encogió de hombros.

—Eres mayor de edad —respondió, con significativa displicencia.

***

La noche anterior, antes de acostarse, había hojeado la guía telefónica a fin de conocer cierta dirección. Había concebido una idea el día anterior, después de abandonar la casa donde se había celebrado tan singular reunión y, aunque la había rechazado en un principio, después había decidido ponerla en práctica. A fin de cuentas, se decía, su pellejo estaba en juego y ello sin haber hecho nada que pudiera provocar un peligro contra su vida.

Había estado antes varias veces en Los Angeles y conocía bastante bien la topografía urbana. No obstante necesitó de la ayuda de un plano para orientarse y llegar al objetivo.

Estaba en la ladera de una colina, desde la que se dominaba una gran vista. Era una mansión de estilo californiano, rodeada de un espléndido jardín, en el que abundaban los espacios verdes con césped. Al otro lado, supuso, estaría la inevitable piscina, elemento clásico en la decoración de todas las residencias del paraje.

Pasados algunos minutos se apeó del coche y cubrió a pie el último centenar de metros. La verja estaba cerrada, pero se abrió silenciosamente, manejada por alguien desde el interior de la casa, una vez que hubo anunciado sus propósitos de visitar a la dueña de la residencia.

Un atildado mayordomo le recibió bajo el gran porche delantero.

—La señora está en la explanada de la piscina, señor Callahan — manifestó.

—Muchas gracias. James.

—Me llamo Hubert, con su permiso, señor.

—Lo tiene usted para el resto de sus días, que deseo interminables, Hubert —contestó el joven desenvueltamente.

El mayordomo le guio hasta el lugar indicado.

—Señora, el señor Callahan —anunció.

—Está bien, Hubert, déjenos solos —pidió la anfitriona.

El mayordomo se retiró. Long se puso un cigarrillo colgado de la boca.

—¿Cuál es su nombre, señora? — preguntó.

—Debiera saberlo, señor Callahan —respondió la mujer.

—No lo sé, porque no soy Callahan.

Hubo un momento de silencio. Ella estaba tendida sobre una tumbona, tomando el sol sin otra prenda que un minúsculo trocito de tela blanca. El resto del cuerpo, realmente espléndido apreció Long, quedaba completamente al descubierto.

Al cabo de unos segundos la mujer tomó una bata y se cubrió rápidamente. Luego se fue hacia una mesa con servicio de licores y destapó una botella.

—Ayer estaba usted en la Villa de Oro —dijo al cabo.

—Sí, señora, pero me llevaron a la fuerza. Usted debe saberlo mejor que nadie.

—Siempre pensé que ese bastardo de Callahan se negaría a acudir a la lectura de las últimas disposiciones testamentarias de mi difunto esposo. Por dicha razón envié a dos de mis guardaespaldas a que lo llevasen allí, de grado o por fuerza.

—Me llevaron a la fuerza y no me dejaron hablar, señora.

—No conocían a Callahan. Ni yo tampoco, por supuesto. ¿Cuál es su nombre, amigo?

—¿Y el suyo? — insistió él.

La mujer terminó de llenar dos copas y le ofreció una.

—Selpha — contestó.

—Yo me llamo Jammy Long. Soy amigo de Callahan y él está de vacaciones, por lo que me cedió su casa mientras dure mi estancia en Los Angeles, cosa que según sospecho va a durar muy poco.

—Lo siento. Si usted no tuvo nada que ver con mi marido no debe abrigar temor alguno…

—Pero soy amigo de Callahan y le aprecio.

—¿Dónde está él ahora?

—Se fue de vacaciones. Dijo que se sentía muy fatigado y que quería pasar un par de semanas de absoluto descanso, en un lugar que no quiso mencionar y lejos por completo de todo signo de civilización.

—Sí, es hombre que trabaja mucho —contestó Selpha irónicamente—, Bueno, usted ya sabe lo que quería mi difunto esposo. ¿Qué le parece su última voluntad?

—Una salvajada, señora.

Selpha arqueó las cejas.

—¿De veras opina así?

—Ya lo ha oído. ¿Por qué alguien querría asesinar a Callahan?

—Por medio millón de dólares, naturalmente. O acaso Callahan podría

dedicarse a cortar dedos índice de sus competidores.

—El no estuvo presente, así que debemos descartarlo del asunto.

—Tal vez usted podría sentir la tentación de ocupar su puesto y compartir después la recompensa.

Long oyó aquellas palabras y se quedó atónito, pero antes de que pudiera reaccionar apareció el mayordomo, portador de una bandejita de plata, sobre la que se veía un pequeño paquete de forma alargada, envuelto en papel de vivos colores.

—Acaban de traer esto para usted, señora —manifestó.

—Gracias, Hubert —respondió Selpha.

Dejó el vaso a un lado y esperó a que el mayordomo se hubiera retirado, para rasgar el papel que cubría el paquete. Entonces, Long alzó una mano.

—No es necesario que lo abra, señora —dijo.

Ella le miró inquisitivamente.

—Acaso sabe usted lo que contiene este paquete, ¿no?

Había una nota burlona en su voz, apreció el joven.

—Sí, señora —contestó—. Estoy seguro de que en el interior de esa cajita se halla el índice derecho de Reilly Zassen.

CAPITULO IV

Long observaba atentamente a la mujer y la vio perder el color, al mismo tiempo que parecía desfallecer y se apoyaba con una mano en el borde de la mesa de los licores.

Cortés, dio un paso hacia ella, pero Selpha movió la mano vivamente.

—No me ocurre nada —dijo—. Simplemente, me ha impresionado un poco por… una broma estúpida.

—¿Lo cree así? ¿Por qué no abre el paquete? —contestó él, provocativo.

—Lo haré más tarde. A solas.

—Para comparar su huella dactilar con la que tiene guardada en alguna parte.

—Y usted, ¿cómo sabe que en ese paquete está el índice de Zassen? —preguntó Selpha con acento casi furioso.

—Lo vi muerto ayer, en Villa de Oro. Alguien ha iniciado una carrera hacia el medio millón.

—Quizá lo hizo usted…

—Señora, el dinero me gusta, como a todo el mundo, pero no hasta el extremo de asesinar a una persona. No puedo afirmar que un día no quite la vida a un ser humano, pero en todo caso lo haría en defensa propia y no por interés económico, por muy elevado que éste pudiera ser.

Selpha sonrió desdeñosamente.

—Todo depende de la cantidad —contestó—. Se dice que no hay hombre que no tenga su precio…

—Y el suyo, ¿cuál fue, señora?

—¿Qué quiere decir, señor Long?

—¿En cuánto tasó usted su hermoso cuerpo? ¿Qué precio puso a sus innegables encantos físicos?

Los ojos de Selpha despidieron vivos destellos de ira.

—Será mejor que se marche —exclamó.

—¿Me va a denunciar a la policía?

—¿Para qué? ¿Cómo se podría probar que usted fue…?

—Yo no lo hice, insisto. Si estoy aquí, es por la simple curiosidad de haberme visto mezclado en un asunto harto desagradable. Ninguno de los otros me conoce y todos creen que soy Callahan. En consecuencia, mi vida está amenazada.

—Y su índice derecho.

—Después de muerto ya no me importará. ¿Por qué dejó su marido ese testamento tan original?

—Señor Long, estoy cansada de contestar a preguntas sobre un tema que prefiero no seguir discutiendo. Ignoro algunas respuestas y otras no se las quiero dar, ¿me entiende?

—Se la entiende estupendamente, señora.

—En todo caso, quiero que sepa que mi marido hizo algo con lo que estoy completamente de acuerdo.

—¿Incluso en pagar medio millón de dólares al ganador de la carrera de los dedos índice de la mano derecha?

—Ese dinero no me pertenece. No figuraba ya entre los bienes que heredé de mi difunto esposo.

—El medio millón está en alguna parte, guardado en apariencia para algún fin inofensivo.

—Fines benéficos —explicó Selpha. De pronto se echó a reír—. Y ¿no le parece, señor Long, que es un fin benéfico privar de la existencia a siete personas que no merecen vivir?

—¿Quién es usted para decidir sobre la vida o la muerte de otras personas? ¿Acaso se ha creído que…?

Selpha movió bruscamente su mano derecha.

—¡Basta ya! —cortó—. Hemos hablado bastante, señor Long. Salga de mi casa inmediatamente o haré que le echen a la fuerza. Mis guardaespaldas no están visibles, pero nos vigilan constantemente.

—Está bien, señora. Puede que usted se salga con la suya, pero algún día…

De pronto Long se encogió de hombros.

—Es inútil continuar —añadió—. No serviría de nada.

Dio media vuelta y echó a andar hacia la salida. Cuando alcanzaba la esquina de la casa, miró hacia atrás un instante.

Selpha había vuelto a quitarse la bata y, tendida en la tumbona, dejaba que su hermoso cuerpo recibiese los rayos de un sol no demasiado intenso todavía.

El paquete que contenía el dedo de Zassen estaba en el mismo sitio, intacto.

***

Mientras regresaba a su alojamiento provisional, se preguntó qué debería hacer a continuación. Lo más prudente era, se dijo, marcharse de Los Angeles y esconderse en algún sitio durante una temporada, hasta que todo se hubiera pasado.

Su amigo Callahan estaba fuera de la ciudad, tardaría al menos dos semanas en regresar y no sabía dónde podía localizarle. Además de advertirle del

peligro que corría, le habría gustado conversar con él, para saber qué motivos podía tener Marawnee para desear la muerte de siete personas.

A Marawnee, por lo visto, no le había importado demasiado que una de las ocho personas citadas en su testamento oral quedase con vida. Ni siquiera había tenido interés en una determinada. El que consiguiera cortar los siete dedos índice seria el triunfador en una carrera siniestra, que ya había perdido el primero de los contendientes.

—¿Y si son más los que se dedican a cortar dedos? —preguntó Audrey más tarde, cuando ya le había explicado todo lo ocurrido en la residencia de la señora Marawnee.

—¿Qué quieres decir? —exclamó él, intrigado por las palabras de la muchacha.

—Bueno, no digo todos, pero sí algunos pueden sentir simultáneamente la tentación de conseguir el premio y actuar en consecuencia.

—¿Aliados?

—O adversarios, sin que los otros lo sepan. O procurando que lo ignoren. Una especie de todos contra todos, ¿comprendes?

—Sí, lobos contra lobos —dijo él pensativamente—. Pudiera ser…, pero no creo que se dé más de un caso.

—¿Cuál, por favor?

—Los gemelos Neele.

Audrey se estremeció.

—Cada vez que pienso en esa pareja, me dan escalofríos. Puede que no lo sean y que yo esté exagerando, pero parecen dos asesinos profesionales, fríos, eficientes, despiadados… No me gustaría toparme con esa pareja en un sitio oscuro y solitario, a altas horas de la noche.

Long se echó a reír.

—Probablemente son tan inofensivos como los demás. O mejor dicho, lo eran hasta que alguien decidió tomarse en serio el testamento de Marawnee.

—Si los conociéramos un poco mejor tal vez podríamos obtener buenos resultados, Jammy.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, a hacer algo… Averiguar cosas, datos de interés…

—¿Y no crees que lo mejor sería avisar a la policía?

—¿Lo harás tú?

Long emitió un gruñido a media voz.

—No tienes ganas de complicaciones, ¿verdad? —agregó la muchacha—, Y yo tampoco, así que lo mejor será que dejemos esto de una vez, nos volvamos a casita y empecemos a pensar en una nueva fecha para nuestra boda.

—¡Olvídalo! —rugió él—. No pienso casarme contigo ni aunque me ofrecieran todo el oro del mundo.

—Mi padre no es tan rico —dijo Audrey intencionadamente.

—Sí, ya lo sé, pero a pesar de todo no quiero casarme contigo.

—¿Es tu última palabra, Jammy? —preguntó ella, muy seria.

—¿Te lo pongo por escrito?

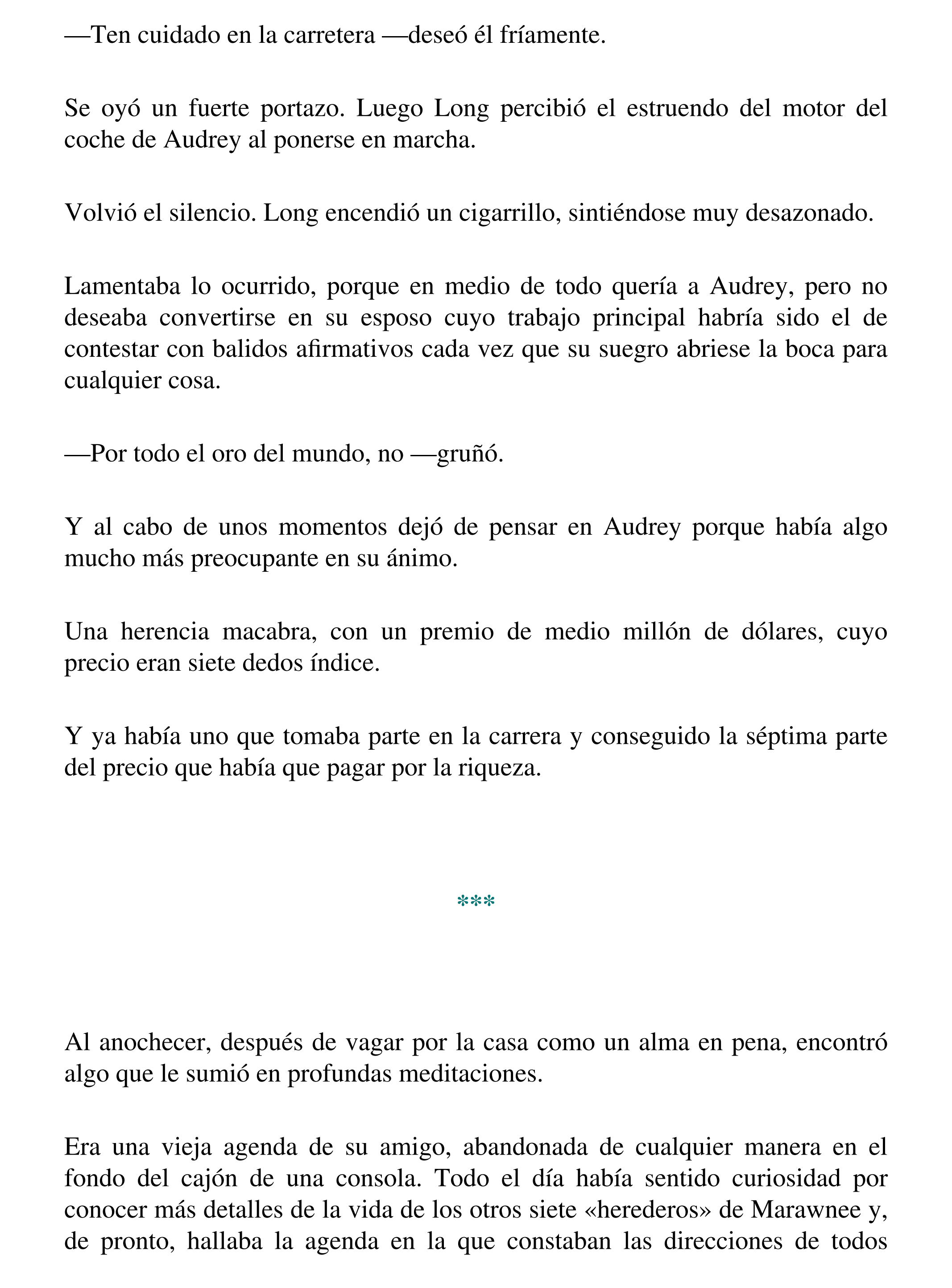
Sobrevino un momento de silencio. Luego, de pronto, Audrey se levantó de la mesa.

—Voy al baño a arreglarme un poco. Tardaré un cuarto de hora, aproximadamente. Ese es el tiempo que te concedo para que medites bien tu decisión, Jammy.

Long no quiso decir nada. Audrey se marchó, con vivo taconeo y reapareció a

los quince minutos, con un maletín en una mano y el bolso en la otra.

—¿Jammy? —dijo.



—Ten cuidado en la carretera —deseó él fríamente.

Se oyó un fuerte portazo. Luego Long percibió el estruendo del motor del coche de Audrey al ponerse en marcha.

Volvió el silencio. Long encendió un cigarrillo, sintiéndose muy desazonado.

Lamentaba lo ocurrido, porque en medio de todo quería a Audrey, pero no deseaba convertirse en su esposo cuyo trabajo principal habría sido el de contestar con balidos afirmativos cada vez que su suegro abriese la boca para cualquier cosa.

—Por todo el oro del mundo, no —gruñó.

Y al cabo de unos momentos dejó de pensar en Audrey porque había algo mucho más preocupante en su ánimo.

Una herencia macabra, con un premio de medio millón de dólares, cuyo precio eran siete dedos índice.

Y ya había uno que tomaba parte en la carrera y conseguido la séptima parte del precio que había que pagar por la riqueza.

***

Al anochecer, después de vagar por la casa como un alma en pena, encontró algo que le sumió en profundas meditaciones.

Era una vieja agenda de su amigo, abandonada de cualquier manera en el fondo del cajón de una consola. Todo el día había sentido curiosidad por conocer más detalles de la vida de los otros siete «herederos» de Marawnee y, de pronto, hallaba la agenda en la que constaban las direcciones de todos

ellos.

En realidad eran seis las anotaciones, ya que los hermanos Neele tenían una misma residencia. Pero lo que más le chocó fue que aquellas direcciones parecían haber sido registradas muy recientemente.

En la agenda desechada había numerosas tachaduras, lo que le indicó que había personajes que ya no interesaban a su amigo. Estudió las notas con todo detenimiento, y de pronto decidió que no estaría de más hacer una visita a uno de los herederos.

Eligió a Cynthia Fergus en primer lugar. Como no disponía de coche, tomó un taxi a poca distancia de la casa y dio al conductor la dirección de la mujer.

El hombre se volvió inmediatamente.

—¿Está seguro de que quiere ir a ese sitio, señor? —preguntó.

—Sí — respondió Long—. ¿Le parece extraño?

—Bueno… Verá, usted sabrá lo que hace, pero en su lugar yo no entraría ahí aunque me pagasen mil dólares el minuto.

—Debe ser un sitio muy peligroso, ¿no?

—Según se mire, señor —contestó el taxista, atento al tráfico—. Una cosa es segura: no se dejará el pellejo, pero le prestarán un barril para que pueda volver a casa… sin ofender la moral pública.

Long emitió una ligera carcajada.

—Es una casa de juego —dijo.

—Y allí tiene usted tantas posibilidades de ganar un centavo como yo de convertirme en campeón de los diez metros lisos.

—Serán cien metros…

—Diez metros, señor. Tengo reuma y no puedo correr.

Long volvió a reír.

—Tiene usted un humor envidiable, amigo. De todas formas correré el riesgo.

—Si pierde mucho, su barril tendrá forro acolchado —dijo el taxista.

—Y tirantes para sostenerlo mejor.

—No lo dude. En fin, cuando vuelva esta noche a casa diré a mi mujer que he conocido a un héroe.

—No exagere, amigo. Además no voy a jugar. Sólo quiero encontrar a una persona…

—Puede que la encuentre, pero si quiere entrar en ese antro tendrá que pagar primero cien dólares. Luego jugará o no, pero de momento ya le han birlado esa suma, ¿comprende?

—Haré que avisen a esa persona…

—No lo conseguirá. Nunca lo hacen.

—Debe ser una casa donde se juega fuerte, ¿no?

—Ya conoce la cuota de entrada, así que imagínese el resto. Y si protesta puede pasarlo muy mal. En fin, no diga luego que no le he advertido.

—Gracias, Bill.

—Me llamo Richard, pero todos me dicen Dicky.

—Muy bien, Dicky. Ahora, dígame cuál es el nombre de esa cueva de ladrones, por favor.

—La Cuba de Oro. Antes se llamaba El Cuerno de la Abundancia, ya sabe; la diosa de la Fortuna y su cuerno derramando monedas… Pero le cambiaron el nombre, porque la esposa del dueño le era infiel con el primero que le guiñaba el ojo… A la gente le dio por llamar al local Los Cuernos de Bundane, éste era el apellido del propietario, ¿sabe? Total, que se divorció de aquella ninfómana, vendió el local y se marchó. Al nuevo dueño no le gustó el título y

le puso el actual.

—Está muy enterado de todo, Dicky.

—Es el oficio, señor. Si me dice el nombre de la persona a la que desea ver, acaso yo…

—En otro momento —cortó Long al locuaz taxista—. Usted lléveme a La Cuba de Oro, eso es todo.

—Sí, señor.

Un cuarto de hora más tarde se aproximaron a un edificio, cuya fachada estaba brillantemente iluminada. En el mismo momento, una mujer, vestida con singular elegancia, salía del local y subía a un automóvil estacionado junto a la acera.

Long la reconoció en el acto. Era ya tarde para detenerla, por lo que sólo le quedaba una solución, si quería hablar con Cynthia Fergus aquella misma noche.

—¡Dicky, siga a ese coche! —ordenó instantáneamente.

CAPITULO V

Entró en su apartamento y, después de lanzar a un lado su estola de piel y el bolso, se descalzó mientras caminaba hacia el cuarto de baño. Los zapatos tirados de cualquier forma al entrar en el dormitorio.

Sin detenerse un instante, Cynthia Fergus se soltó los tirantes del vestido. Luego abrió la puerta de baño y cruzó el umbral.

En el mismo instante, sintió una mano que le tapaba la boca, a la vez que la sujetaba con fuerza contra el pecho del hombre que la había atacado súbitamente. El espejo estaba enfrente y los ojos de la mujer, completamente desorbitados, vieron un rostro conocido en el cristal azogado.

Pero Cynthia también vio otra cosa y quiso gritar, aunque sabía que no le era posible, a causa de la mano que le tapaba la boca despiadadamente.

Otra mano se alzó en el aire y bajó con terrible fuerza. Cynthia percibió un agudísimo dolor en el pecho y empezó a perder fuerzas.

Sus rodillas se doblaron. El asesino se arrodilló con ella, sin quitar la mano izquierda de su boca, a fin de evitar un grito inoportuno en el último instante.

La visión de Cynthia se enturbió. Una infinita agonía se apoderó de su mente.

Comprendió que estaba muriéndose. Casi no sintió el cese de la presión de la mano sobre su boca, pero sí notó un fuerte dolor en la mano derecha. Luego todo fue oscuridad y silencio.

***

En la calle, Long aguardaba a pie. El taxi se había marchado ya, porque no quiso hacer esperar al conductor, dado que no sabía cuánto tiempo iba a permanecer hablando con Cynthia. Al cabo de unos minutos ya había visto

encendidas las luces del apartamento, lo que le permitía orientarse, cruzó la acera y entró en el edificio.

Momentos después se detenía ante una puerta. Tocó el timbre, pero no contestaron a su llamada.

«Estará en el baño, quitándose de la cara un kilo de potingues», supuso.

Acercó la mano al pomo. ¿Y si le diera una sorpresa?

Sólo podría ser si la puerta no estuviera cerrada con llave… y no lo estaba.

«Una mujer muy descuidada», comentó para sí, mientras cerraba silenciosamente, ya en el interior del apartamento.

Vio la estola de piel y el bolso en dos sitios distintos y se imaginó la llegada de la mujer a su casa. Sonrió mientras avanzaba hacia el dormitorio.

Los zapatos yacían sobre la alfombra, lejos el uno del otro. La puerta del baño estaba abierta y entonces vio algo que le cortó la respiración.

Era uno de los pies de Cynthia, que asomaba fuera de la jamba. El pie aparecía descalzo y en una postura poco lógica.

Era como si se hubiese sentado en el suelo, con la espalda pegada a la pared, pero no parecía natural en una mujer que había ido al baño para arreglarse antes de dormir. Con el corazón en un puño, Long avanzó unos pasos más y asomó la cabeza a través de la puerta abierta.

Inmediatamente retrocedió, con la espalda helada. Cynthia estaba allí, sentada en el suelo, la cabeza doblada sobre el pecho y la mano derecha apoyada en una baldosa del cuarto de baño.

De aquella mano partía un largo reguero de sangre que atravesaba la pieza diagonalmente, trazando numerosas eses. En el pecho, y pese a la poca duración de la mirada, sólo había visto un puntito rojo, no mayor de medio centímetro de diámetro.

Cynthia había muerto de la misma forma que Zassen. Y el asesino, naturalmente, se había llevado su índice derecho, como prueba de la muerte

de la mujer.

Durante unos momentos Long permaneció indeciso, sin saber qué hacer. ¿Debería avisar a la policía?

Era preciso cortar aquella racha de crímenes, pero ¿cómo conseguirlo?

Él no se contaba; por lo tanto, era preciso sospechar de los demás herederos de Marawnee. Pero dos de ellos habían muerto ya, lo que dejaba como potencialmente sospechosos a los cinco restantes. ¿Patterson? ¿Ockett? ¿Barnard? ¿Los hermanos Neele?

Al final tomó una decisión.

Avisaría a la policía desde una cabina telefónica. Era lo mejor.

Giró sobre sus talones y cruzó el apartamento en sentido inverso, buscando la salida.

Cuando llegaba a la sala, vio que la puerta de entrada se abría muy despacio.

En un par de saltos ganó la pared, situándose al resguardo de la puerta. No tenía esta vez una estatua de bronce a mano, pero un buen puñetazo, se dijo, si no privaba de sentido al intruso al menos le dejaría momentáneamente incapaz de reaccionar, lo que le permitiría escapar sin más inconvenientes.

Alzó el brazo, con los dedos cerrados fuertemente. Una cabeza, cubierta con un casquete negro, apareció poco a poco por el borde de la puerta.

Long podía ver el rostro de perfil y también unas gafas de cristales de color un tanto claro, pero suficientes para alterar las facciones de una persona. Tomó aire y se dispuso a descargar un golpe con toda su alma.

En el mismo instante sonó una voz de mujer que le resultó harto conocida, a pesar de su tono bajo y siseante:

—¡Jammy, Jammy! ¿Estás ahí?

***

Long contuvo el golpe cuando ya su mano iniciaba el descenso hacia el objetivo.

Maldiciendo entre dientes, empujó la puerta con violencia, agarró el brazo de Audrey y tiró de ella hacia sí.

La joven emitió un grito de susto.

—¡Cierra el pico! —dijo él, malhumoradamente—. Soy yo y estoy aquí, mujer entrometida.

Audrey se puso una mano en el pecho.

—Me has dado un susto de muerte, Jammy —declaró—. ¿Por qué no me avisaste?

—Y tú, ¿qué diablos haces aquí? ¿No dijiste que te volvías a casa?

—Cambié de opinión, Jammy. ¿Te molesta?

Long reflexionó unos segundos. Sentíase lleno de un perverso deseo y decidió llevarlo a la práctica.

—Me has estado siguiendo, sin duda —dijo al cabo.

—Salta a la vista, ¿no? —respondió ella, sarcástica.

—Me seguiste hasta La Cuba de Oro.

—Sí, y luego vi que tu taxi seguía a otro automóvil. Vine detrás de ti y esperé en la calle un buen rato, pero al ver que tardabas en salir, decidí subir…

—Audrey, apostaría algo a que te figurabas cosas poco agradables de mí, ¿verdad?

—Cynthia Fergus es una mujer muy hermosa —dijo la muchacha.

—Tú has leído demasiadas novelas fantásticas. Piensas que es tan sencillo conquistar a una mujer: uno llama a la puerta de su casa, ella le abre y a los cinco minutos están en la cama…

—¡Basta! —cortó Audrey—. No es necesario que cuentes detalles escabrosos. Pero tenía derecho a imaginarme cualquier cosa, ¿no?

—¿Por qué? No hay nada entre los dos. Tú pensarás lo que quieras, pero yo me considero libre como el viento. De todas formas, si quieres informarte mejor, ¿por qué no se lo preguntas directamente a la señora Fergus?

Audrey vaciló. Long sonreía, sabiendo que la curiosidad picaba a la muchacha.

—Está en el baño —agregó—. Tal vez a ti te diga algo nuevo o algún dato que no ha querido facilitarme. ¿Por qué no vas a verla?

Audrey levantó la barbilla.

—Está bien. No te vayas y espérame, Jammy.

Long hizo un burlón saludo. Audrey se merecía el susto que se iba a llevar, pensó. Era una acción maligna, pero no quería evitarlo.

«A ver si así me deja en paz de una vez», se dijo.

Transcurrieron algunos minutos. Long frunció el ceño.

Empezó a impacientarse. Audrey no volvía. ¿Se habría desmayado?

Le pareció que debería haber oído el ruido de su cuerpo al chocar contra el suelo, pero el silencio continuaba en el apartamento, denso, persistente.

—¡Audrey! — llamó, al cabo de un momento.

Pero la muchacha no contestaba. Alarmado, Long corrió hacia el baño.

Audrey no estaba allí. El cadáver de Cynthia continuaba en la misma postura.

Empezó a sentir una terrible aprensión. Acaso, pensó, el asesino había estado escondido en el apartamento, sin que ninguno de los dos lo advirtiera y, en los últimos instantes había sorprendido a Audrey, llevándosela Dios sabe dónde, pero con las intenciones que eran fáciles de adivinar.

Abandonó el baño. De pronto se detuvo en seco, al ver agitarse las cortinas de una de las ventanas del dormitorio.

El bastidor de la ventana estaba alzado. Long asomó medio cuerpo al exterior, dándose cuenta de que la plataforma de la escalera de incendios se hallaba al pie de la ventana.

A lo lejos se oyó el rumor de un coche que iniciaba la arrancada. Long emitió un profundo suspiro de alivio.

Luego hizo una mueca de disgusto.

—Buena me la has jugado — murmuró.

Pero no tardó en desarrugar el ceño. A fin de cuentas, pensó, había sido una especie de devolución de la pelota. Él había querido asustar a Audrey y la muchacha le había hecho una jugada semejante, con su silenciosa desaparición de la escena.

«Aquí ya no tengo nada que hacer», se dijo, a la vez que buscaba cautelosamente la salida de la casa.

CAPITULO VI

Y al día siguiente, un poco decepcionado, se dijo también que no sólo no tenía nada que hacer, sino que, en el supuesto de que quisiera intentar algo, no sabía por dónde empezar.

Una y otra vez se repetía que aquel asunto no le importaba en absoluto y que lo más conveniente era abandonar la ciudad y evitar riesgos innecesarios. Pero había una fuerza superior que le impelía a no permanecer inactivo y. menos aún, emprender lo que consideraba una huida poco airosa.

«Y si me quedo, ¿qué hago?»

Si al menos estuviera su amigo el periodista para contarle lo que sucedía… Callahan conocía a montones de gente; podría formular hipótesis, indagar, investigar, interrogar a unos y otros y conseguir algo, pero él, sin conocimientos en la ciudad, poco podría lograr.

De pronto se le ocurrió una idea.

Media hora más tarde entraba en el edificio del Clarion. Una atenta recepcionista le dio las instrucciones necesarias, y poco más tarde se encontraba en la sala de lectura del periódico, frente a una pantalla reproductora de microfilmes.

La mañana se le pasó infructuosamente. Salió a almorzar, regresó y al fin, a media tarde, encontró lo que buscaba.

Howard K. Marawnee había fallecido seis meses antes, a consecuencia de la caída sufrida por un despeñadero. Su coche había sido encontrado intacto, en la carretera junto al borde del precipicio, en un lugar solitario, por lo que la policía tuvo que formular dos hipótesis: o se había suicidado o deteniéndose unos momentos para estirar las piernas había sufrido un ataque de vértigo, precipitándose al vacío.

Marawnee, sin embargo, había sido encontrado con vida, aunque en estado de coma, del que no se recuperó en el hospital al que fue conducido, falleciendo al día siguiente. Su viuda acusó a varias personas, cuyos nombres citaba el periódico, como conspiradores que habían urdido el asesinato de su esposo,

pero no les pudo probar nada, por lo que no hubo acusación de ninguna clase contra los supuestos asesinos.

Tras la lectura de la noticia Long se reclinó en el asiento, sujetándose con dos dedos el caballete de la nariz. Entre lo sucedido el día del accidente de Marawnee y el de la audición del testamento había algo que no lograba comprender.

Sus reflexiones no le sirvieron para nada. Finalmente, un tanto cansado, se levantó y abandonó el edificio del Clarion.

En la recepción preguntó por su amigo Callahan. La recepcionista le contestó que ignoraban su paradero y que tenía idea de que regresaría un par de semanas más tarde.

La chica era muy bonita y Long, más por pasar el rato que por esperar una respuesta afirmativa, le preguntó si quería salir a cenar con él. Ella dijo que terminaría tarde, por cubrir el turno de una compañera indispuesta, pero que al día siguiente aceptaría con mucho gusto.

—Vendré a buscarla mañana a las siete en punto. Me llamo Jammy Long.

—Edith Calder —se presentó la joven.

—Hasta mañana, Edith.

—Sea puntual, Jammy.

Cuando salió a la calle era casi de noche. Long recordaba muy bien cuanto había leído y, de súbito, pensó que no estaría de más hacer una visita al cementerio donde reposaban los restos de Marawnee.

Era ya de noche cuando llegó en un taxi, a cuyo conductor le ordenó esperase. Algunos faroles arrojaban una luz melancólica sobre los espacios cubiertos de verde que había entre las tumbas. Un guardián se le acercó receloso.

Long le enseñó un billete de cinco dólares.

—Busco la tumba de Howard K. Marawnee —manifestó.

—Le acompañaré, señor —se ofreció el vigilante.

Momentos después Long se encontraba ante un ostentoso mausoleo, semejante a un templo romano en miniatura, cuya puerta aparecía cerrada por una sólida verja de hierro.

Long permaneció allí unos momentos, en actitud respetuosa, como si rezase unas oraciones por el alma del difunto. Desde el exterior podía ver el túmulo de mármol rojizo, sobre el cual se veía un féretro del mismo material. Indudablemente, pensó, Marawnee había sido un hombre previsor, al disponer su sepultura de semejante manera, aunque también cabía la posibilidad de que hubiera sido encargado por su viuda.

El vigilante se había marchado. Long se acercó de pronto a la reja y la tanteó con las dos manos. Una de las dos mitades, sorprendentemente, cedió en silencio.

Miró a todas partes. No había nadie en las inmediaciones. El lugar estaba prácticamente a oscuras. Sólo llegaba en ocasiones la luz de una farola, interrumpidos sus rayos intermitentes por las hojas de un árbol, agitadas por la brisa.

Inspiró profundamente y se acercó al túmulo. De una forma maquinal, pasó los dedos por encima de la tapa del sepulcro de mármol.

De pronto se puso rígido.

Aquella cubierta no era de mármol.

En la yema de su índice no había el frío propio de la piedra. Era un contacto relativamente cálido, y en el acto adivinó la composición de aquella materia tan hábilmente pintada.

Era plástico, poliuretano, como el usado en los embalajes de objetos frágiles.

—Y también en algunos decorados — murmuró.

Volvió a mirar hacia el exterior.

No había nadie. Estaba solo.

Decidido, levantó aquella tapa que apenas pesaba y la apartó silenciosamente a un lado.

Entonces vio algo que le puso los cabellos de punta.

«El tercer dedo», se dijo entre dientes.

En el sepulcro de piedra había un ataúd y, encima de éste, el cadáver de un hombre, al que le faltaba el índice de la mano derecha.

El muerto era delgado, poco voluminoso. Había suficiente espacio para que cupiera entre el ataúd que contenía los restos de Marawnee y la tapa de falso mármol.

Long reconoció en el acto al muerto.

—Rod Patterson — musitó.

Resultaba inexplicable la presencia de Patterson en aquel lugar. ¿A qué había venido?, se preguntó.

La respuesta era imposible, por el momento. Lo mejor era marcharse de allí cuanto antes.

Con gran cuidado, colocó la tapa en su sitio y salió del panteón, cerrando la verja suavemente. De repente percibió la desagradable sensación de que no estaba solo.

En aquellos momentos estaba vuelto de espaldas, con el rostro orientado hacia el interior del panteón, las manos todavía en la verja, a fin de dejarla en su primitiva posición. Un pánico terrible le acometió, hasta el punto de congelar todos sus movimientos.

Ni siquiera se atrevió a volver la cabeza. Percibió una respiración lacerante y, casi resignado, se preparó para recibir el golpe fatal.

De repente, sonó un chillido de mujer:

—¡Cuidado. Jammy!

El joven saltó a un lado. Alguien emitió una sorda maldición.

Long captó el movimiento de un brazo armado con algo largo, muy delgado y brillante.

Alzó el brazo instintivamente y la cosa puntiaguda rasgó la manga de su chaqueta desde el hombro al brazo.

Un vivísimo dolor le llegó inmediatamente. La mujer volvió a gritar.

Long se alejó del panteón en dos saltos. El atacante huyó hacia la parte más oscura.

Ella corrió hacia el joven. Long la contempló con ojos de pasmo.

—¿Estás bien, Jammy? — preguntó Audrey.

Long se puso la mano derecha sobre el lugar donde había recibido la herida.

—Al menos puedo decir que estoy vivo —contestó—. Pero ¿qué diablos haces aquí?

—Podría decirse que hemos tenido la misma idea, aunque tú, según todos los indicios, llegaste antes que yo. Pero creo que sería mejor ver cómo tienes el brazo.

—Creo que es sólo un rasguño, más bien un arañazo, aunque algo escuece, desde luego. Sin embargo estoy de acuerdo contigo. Lo mejor será que nos marchemos de este lugar, Audrey.

—Tengo el coche fuera del cementerio…

—Yo vine en taxi. Me está aguardando.

—Lo despediremos —dijo ella firmemente.

Caminaron con paso resuelto. El vigilante, al parecer, no se había dado cuenta de nada, ya que les saludó cortésmente, en especial a la muchacha. Long dedujo que debía de haberle dado una propina mayor que la suya.

Cuando ya estaban en el coche, Audrey le formuló una pregunta: ¿Has encontrado algo, Jammy?

—Sí, el cadáver de Patterson —respondió él—. Naturalmente, le faltaba el índice de la mano derecha.

***

La herida causada por el acero había sido en realidad un arañazo de unos siete u ocho centímetros de longitud. Audrey restañó la sangre y luego cubrió la herida con una larga tira de adhesivo.

—Ya está —dijo al terminar—. Has tenido suerte, Jammy. Un segundo más tarde ese tipo podría haberte apuntillado, como toro en el matadero.

—Te lo debo a ti —contestó él, aceptando la copa que Audrey le había preparado a continuación—, ¿Pudiste verle la cara?

—Sí, pero me parece que no servirá de nada, Jammy.

—¿Por qué?

—Primero, había poca luz. Segundo, creo que llevaba una máscara rígida. Los pómulos, pese a la escasa iluminación, le brillaban más de lo normal. Además la boca estaba inmóvil.

—Yo le oí gruñir…

—Eso no tiene importancia. La máscara tenía, naturalmente, aberturas para los ojos, la nariz y la boca. Pero nada se movía en sus músculos faciales.

—Entonces podemos decir que hemos estado con el asesino.

—Exactamente.

Audrey se sentó frente al joven, con las rodillas juntas, y le miró fijamente, las

manos apoyadas en la barbilla.

—¿Viste bien al muerto?

Long asintió.

—La verja de acceso al panteón no estaba cerrada con llave. Hay un túmulo, con un sepulcro de mármol encima, pero la tapa es falsa, de poliuretano coloreado adecuadamente.

—¿Cómo lo supiste? Yo pude ver muy poco, pero no habría sabido distinguir la diferencia…

—Se me ocurrió poner la mano encima. No era mármol frío.

—Comprendo. Entonces levantaste la tapa…

—Harrison fue, en vida, un sujeto delgado, casi esquelético. Muerto, cabía perfectamente entre el féretro y la tapa del sepulcro.

—Parece increíble… ¿De veras existe alguien capaz de cortar siete dedos a otros tantos cadáveres?

—Audrey, por medio millón de dólares muchas personas serían capaces de eso y mucho más —dijo él sentenciosamente.

—Al menos, sabemos que los sospechosos quedan reducidos a cuatro: Ockett, Barnard y los gemelos Neele. A ti hemos de considerarte fuera de toda sospecha, y Callahan no está en la ciudad.

—Ciertamente —convino Long.

—¿Cuál de los cuatro es el asesino, Jammy?

—Reduce la cifra a tres.

—Son cuatro — protestó ella.

—Los Neele operan como pareja.

Audrey asintió. De pronto, movió una mano.

—Jammy, hay algo que me extraña sobremanera —exclamó.

—¿De qué se trata?

—Los periódicos. Tres personas han sido asesinadas ya y no se ha publicado la noticia. Tampoco se ha oído el menor comentario en la radio ni la televisión ha dicho nada sobre el particular. ¿No te parece verdaderamente extraño?

—Quizás porque sucede algo que resulta elemental, dadas las circunstancias —respondió Long.

—¿Elemental?

—Sí. Alguien esconde los cadáveres.

Audrey se quedó pensativa unos instantes. Luego, de pronto, se puso en pie.

—Bueno, Jammy, te dejo. Ya nos veremos mañana.

Habían vuelto a la casa de Callahan y Long se sintió sorprendido al conocer la decisión de la muchacha.

—Pensé que te quedarías aquí…

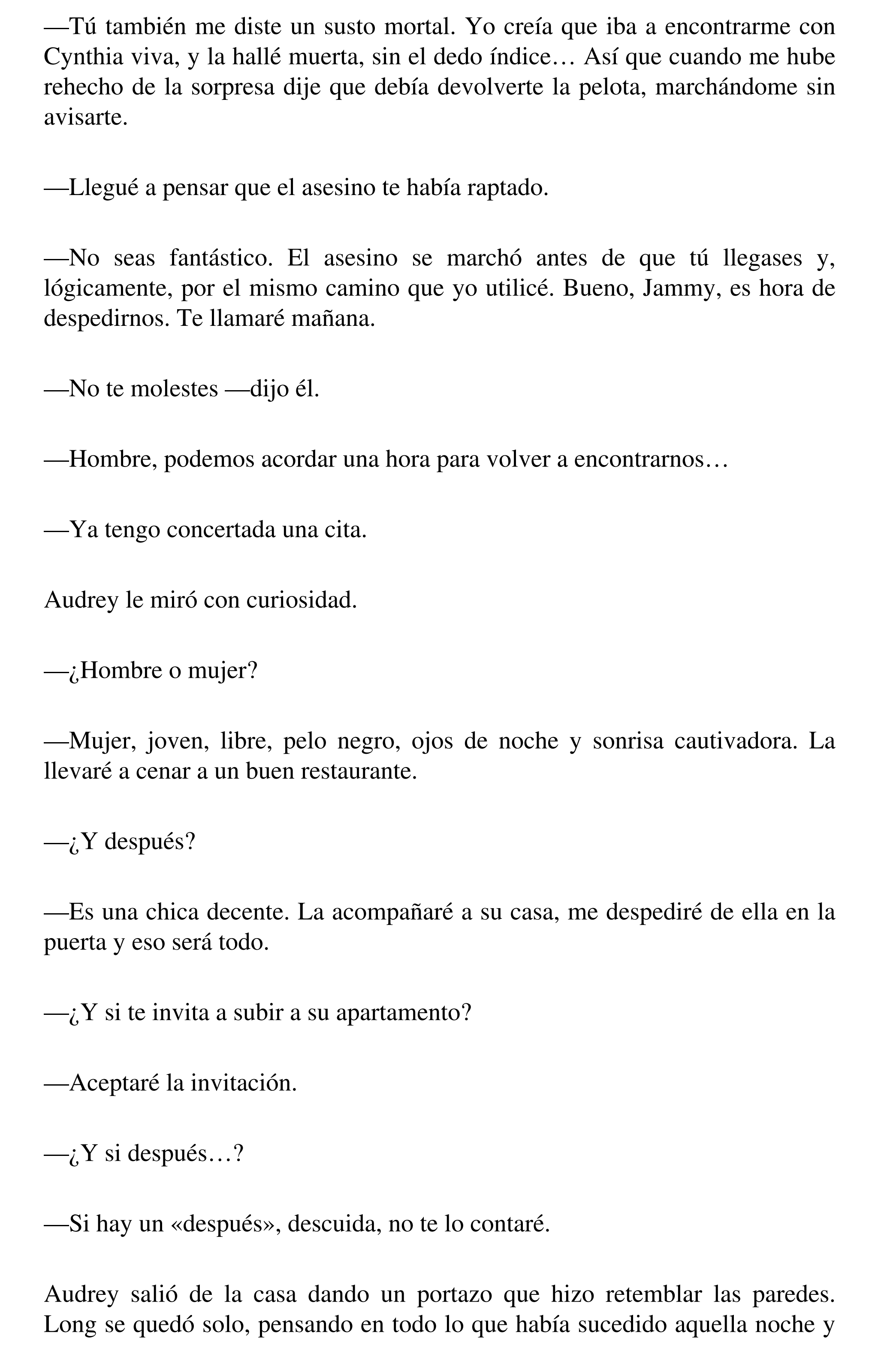
—Tengo tomada una habitación en un hotel, cuyo nombre, como puedes suponer, no te voy a dar.

—Descuida, no te voy a torturar para que me lo digas. ¿Qué tal resultó la escapatoria por la escalera de incendios?

Audrey no se enojó, contra lo que él esperaba, sino que le dirigió una burlona sonrisa.

—Te di un buen susto, ¿eh?

—Mujer, figúrate…


—Tú también me diste un susto mortal. Yo creía que iba a encontrarme con Cynthia viva, y la hallé muerta, sin el dedo índice… Así que cuando me hube rehecho de la sorpresa dije que debía devolverte la pelota, marchándome sin avisarte.

—Llegué a pensar que el asesino te había raptado.

—No seas fantástico. El asesino se marchó antes de que tú llegases y, lógicamente, por el mismo camino que yo utilicé. Bueno, Jammy, es hora de despedirnos. Te llamaré mañana.

—No te molestes —dijo él.

—Hombre, podemos acordar una hora para volver a encontrarnos…

—Ya tengo concertada una cita.

Audrey le miró con curiosidad.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer, joven, libre, pelo negro, ojos de noche y sonrisa cautivadora. La llevaré a cenar a un buen restaurante.

—¿Y después?

—Es una chica decente. La acompañaré a su casa, me despediré de ella en la puerta y eso será todo.

—¿Y si te invita a subir a su apartamento?

—Aceptaré la invitación.

—¿Y si después…?

—Si hay un «después», descuida, no te lo contaré.

Audrey salió de la casa dando un portazo que hizo retemblar las paredes. Long se quedó solo, pensando en todo lo que había sucedido aquella noche y

en lo cerca que había estado de perder la vida.

Pero ya había pasado y lo mejor era concentrarse en lo que aún tenía que suceder. Sin embargo, no podría hacer nada hasta haber hablado largo y tendido con Edith Calder.

«Una buena cena, un buen vino… le desatarán la lengua», profetizó, satisfecho de sí mismo.

CAPITULO VII

Era, realmente, muy atractiva y Long se sintió inmediatamente cautivado por su simpatía y sencillez. En Edith Calder no se veía la menor sombra de afectación. Todo en ella era enteramente natural y gracioso por naturaleza.

—Me pregunto, asombrado, qué hace usted soltera y libre, con todas las cualidades que le aprecio a simple vista —dijo él apenas hubieron encargado el menú en un elegante pero discreto restaurante.

—Bueno, la verdad es que uso un repelente para moscones, que me resulta muy eficaz. Además, me dice, sin que el interesado lo sepa, naturalmente, cuáles son sus intenciones. Eso basta —contestó la muchacha alegremente.

—A mí no me ha repelido todavía, Edith.

—Quizá no lo necesite. Ya veremos, si se presenta la ocasión.

—Además de hermosa tiene usted un humor envidiable. Hablando en serio, ¿no le han salido pretendientes formales?

Edith asintió.

—Uno, y nos íbamos a casar —respondió.

—Hubo fracaso. ¿Qué sucedió?

Ella bajó la vista un momento y luego jugueteó unos instantes con el tenedor.

—Jammy, si no le importa, preferiría no hablar más del tema —dijo al cabo.

—Perdóneme —rogó Long—. Tengo el inveterado vicio de la curiosidad y no he sido capaz de reprimirlo en esta ocasión. Le ruego me dispense.

—No se preocupe. Más de uno me hace las mismas preguntas y siempre contesto lo mismo.

—Entonces hablaremos de otra cosa.

—¿Por ejemplo?

—Callahan. Es un buen amigo mío.

—Usted no es de Los Angeles, ¿verdad? —preguntó la joven.

—No. Resido habitualmente en San Francisco, aunque por circunstancias que no son del caso estoy pasando una temporada aquí. ¿Por qué lo pregunta, Edith?

Ella sonrió.

—Entonces, su proposición es un tanto ociosa.

—¿Qué proposición? —se asombró él.

—Acaba de decir que quería hablar de su amigo Callahan.

—Es cierto, aunque no entiendo qué relación puede tener con él lugar de mi residencia habitual —manifestó Long.

—La tiene, porque entonces sabría que es usted la piedra blanca en un montón de piedras negras tan grande como el Everest.

Long emitió un tenue silbido.

—Una metáfora sumamente esclarecedora. Quiere decir que soy el único amigo que tengo de Callahan.

—Exactamente. Y si le trata mucho tiempo, desaparecerá la piedra blanca.

—Fuimos juntos a la universidad y se cimentó una sólida amistad, aunque luego la vida nos separó. Durante casi diez años nos hemos tratado sólo muy superficialmente: ya sabe, alguna llamada telefónica de cuando en cuando, la consabida felicitación por Navidad… pero yo no he sabido apenas de su vida profesional. ¿Qué me cuenta usted, Edith?

—Callahan es muy reservado en sus asuntos, aunque a la larga algo se sabe, desde luego —respondió la muchacha—. Tiene su columna diaria, «Sin Velos», la titula él, y es verdaderamente corrosiva. Por supuesto, no publica nada que no sea verdad, pero hasta la más leve falta parece un pecado monstruoso, dada la forma que tiene de presentarlo. Eso no le crea precisamente grandes amistades, ¿no le parece?

Long hizo un gesto de asentimiento.

—Supongo que a los interesados no les hará gracia verse en letras de molde, como suele decirse. Y sé que tiene algún enemigo, porque una irritada dama me rompió un paraguas en la cabeza confundiéndome con él, y otra me arrojó a la cara el contenido de un frasco de vitriolo. Por fortuna, pude apartarme a tiempo, pero la alfombra quedó hecha una lástima. De modo que tiene enemigos, ¿eh?

—Todos los que han aparecido en su columna, Jammy. Claro que reaccionan de distinta manera: hay quien no le da importancia y otros, en cambio, le pegarían cuatro tiros.

—¿Se habrá marchado de Los Angeles por eso? —murmuró el joven.

—Dijo que se tomaría un descanso de dos semanas, es todo lo que puedo decirle. Pero ¿tiene usted mucho interés en encontrarle?

—Hombre, me gustaría verle antes de que acabe sus vacaciones… En caso contrario tendría que resignarme a esperar su vuelta.

—Yo no sé decirle dónde está exactamente, aunque a veces se va a pasar los fines de semana en una cabaña que tiene en el Cañón de Palo Alto. Creo que es un lugar muy agreste y solitario, Jammy.

Long se animó al oír aquellas palabras.

—Edith, ¿no podría decirme usted el camino para llegar allí? — preguntó.

—Es una información reservada…

El joven se puso las manos en el pecho.

—No lo repetiré a nadie —prometió solemnemente.

—Bien, luego le trazaré un pequeño croquis.

—Ah, entonces, sabe ir a Palo Alto…

Edith se sonrojó.

—Sí, conozco el camino —repuso.

Long la miró fijamente. El rubor de la joven aumentó.

—Debo admitir que pasé un fin de semana en la cabaña —añadió ella—. Pero me lo pasé enteramente entrenándome para la maratón, porque estuve todo el tiempo dando vueltas constantemente alrededor de la cabaña.

—¿Cómo? —exclamó él desconcertado—. No entiendo…

—Nos entrenamos los dos. Yo corría delante y él detrás. Ya no volvió a invitarme a su cabaña.

Long comprendió de golpe y, sin poder contenerse, lanzó una estruendosa carcajada, que volvió hacia él las miradas de todos los clientes del local. En los ojos de Edith brilló una chispa de malicia.

—Es usted única —dijo el joven, cuando se hubo recobrado de su acceso de hilaridad—. De modo que eso fue lo que sucedió durante el fin de semana.

—En efecto. Por tanto, sólo soy una simple recepcionista en el periódico. Iban a darme un puesto en redacción, de principiante claro, pero Callahan se opuso terminantemente y puso al editor en la disyuntiva de darme el puesto o su marcha a otro competidor. Está claro: perdí yo.

—¡Qué canalla! —murmuró Long—. Mi amigo Callahan está perdiendo muchos puntos en mi estimación. Lo siento de veras, Edith.

—Acepté el puesto sin rechistar. Hoy día no es tan fácil encontrar trabajo, Jammy.

—Comprendo. Lo siento de veras, Edith.

—No se preocupe. En medio de todo, es un sueldo digno y me permite seguir mis estudios. Algún día, espero, me iré a otro periódico y le sacaré la lengua a su amigo.

—Después de lo que le hizo a usted, casi estoy por retirarle el calificativo.

—¿Un enemigo más?

—Por ahora sigo siendo amigo, aunque quizá me incline gradualmente hacia la neutralidad. Lo que le hizo a usted no es digno de una persona decente, Edith.

—Gracias, Jammy.

—Pero si tiene tantos enemigos… Evidentemente, consigue informaciones que son ciertas o el Clarion se vería constantemente metido en pleitos. ¿Cómo puede conseguir tantos detalles?

—Supongo que tiene informadores y debe de pagarles bastante bien. Es más, incluso conozco a uno de ellos.

—¿De veras?

—Sí, le llama por teléfono con gran frecuencia y cuando la cosa, me imagino, es de suma importancia, viene a verle personalmente al periódico. Se llama Harvey Tremayne, pero eso es todo lo que sé. Desde luego, no me gusta su aspecto: es un sujeto que parece sacado de una novela de terror.

—¿Si?

—Bajo, muy ancho de hombros, con unas cejas como cepillos… Nosotras, es decir las chicas de recepción y las de la centralita, le llamamos El Gran Simio.

Long volvió a reír.

—Tiene usted un humor magnífico, Dios la bendiga y se lo conserve muchísimos años, Edith —dijo.

—Si no lo tuviera ya me habría puesto una piedra con una cuerda al cuello —rio la joven—, ¿De veras tiene tanto interés en ver a Callahan?

El joven se puso serio súbitamente.

—Sí, aunque por ahora no puedo decirle más —respondió.

—No le ha preguntado los motivos, Jammy.

—Quizá otro día se lo cuente con más detalles. Ahora, dígame, ¿lo está pasando bien, salvando el hecho de que no hacemos más que hablar de un tipo poco agradable?

—Lo estoy pasando estupendamente, Jammy.

—Me alegro mucho. Edith, estamos a punto de terminar. ¿Qué hacemos ahora?

Ella le dirigió una clara mirada.

—Desearía volver a casa —manifestó.

—No se hable más.

Momentos más tarde abandonaron el restaurante. Long había decidido alquilar un coche mientras durase su estancia en Los Angeles y abrió la portezuela derecha para que Edith se acomodase en el asiento de aquel lado. Cuando se disponía a ocupar su puesto, la muchacha le llamó la atención:

—Jammy, se olvidó el cigarro que pensaba encender después de la cena —dijo.

Long miró la dirección que ella señalaba con la mano. En su asiento había un paquete de forma alargada, envuelto en papel de vivos colores.

Un escalofrío recorrió su espalda inmediatamente. Con aire natural, cogió el paquete y lo puso en el bolsillo superior de su chaqueta.

—No tiene importancia. Ya lo fumaré en casa —dijo.

Durante el trayecto charlaron de temas sin importancia. Al llegar frente a la casa de Edith, él se apeó y la ayudó a descender del coche.

—Una velada inolvidable —dijo.

Edith sonrió.

—Quizá se ha sentido decepcionado, Jammy —manifestó.

—No lo crea. Me ha agradado muchísimo encontrar una muchacha de sus cualidades. Quizá la invite algún día a pasear por el parque, en una mañana de sol y sin prisas.

—Quizá acepte —sonrió Edith, a la vez que le tendía la mano.

Estaban todavía en la acera y él miró un instante hacia la casa. De pronto vio luz en la ventana.

—¿Vive usted ahí? — preguntó.

—Sí, en efecto.

—Entonces, alguien la está aguardando… O quizás es alguna amiga que comparte el piso con usted.

—Jammy, yo vivo sola —aclaró Edith con voz tensa.

La luz se apagó súbitamente. Long se puso rígido.

—Edith, le guste o no, voy a acompañarla hasta su casa —dijo—. No lo hago con turbias intenciones, sino para asegurarme de que no le va a suceder nada.

***

La joven abrió el bolso y entregó la llave del apartamento a Long. Este abrió y empujó la puerta de golpe.

Al otro lado sonó un gruñido de dolor. Long apartó a la muchacha

bruscamente. Luego entró de un salto.

Alguien corrió hacia las habitaciones interiores. Long se precipitó en persecución del fugitivo.

—¡Párese! —gritó, sin pensar que el otro podía llevar un arma encima—. ¡Alto ahí!

Pero el intruso parecía poseer una agilidad excepcional. Antes de que Long pudiera darle alcance, llegó a una de las ventanas, la abrió y se descolgó al exterior. La distancia al suelo era de unos cinco metros, pero ello no pareció arredrarle, Long alcanzó la ventana y se inclinó hacia afuera. El hombre se levantó después de haber rodado por el césped que había frente al edificio. Había la suficiente luz como para que pudiera reconocerle, sin necesidad de haberle visto antes una sola vez, merced a la descripción hecha por Edith.

Harvey Tremayne escapó a todo correr. Debía de tener el coche en una calle lateral, ya que dobló la esquina próxima y se perdió de vista en contados segundos.

—Edith, ha escapado, no tema —dijo.

Ella entró con la aprensión retratada en sus facciones.

—¿Quién era, Jammy?

—No lo sé —mintió él a fin de no alarmar más a la muchacha—. Seguramente algún ladrón, al que sorprendimos inesperadamente. ¿Por qué no mira a ver si le falta algo?

—¿Qué me va a faltar? Soy una mujer que vive de su trabajo. Además, todo parece en orden…

—Sí, no da la sensación de que haya conseguido un gran botín. Bien, Edith, le aconsejo cierre las ventanas y eche el seguro de la puerta. Aunque no creo que el ladrón vuelva a intentar nada en el apartamento —dijo Long a fin de tranquilizarla.

—Me he llevado un buen susto, pero ya ha pasado —sonrió la joven—. Jammy, ha sido una velada deliciosa.

Long comprendió la indirecta y tomó la mano de Edith con la suya.

—Deliciosa es un calificativo muy pobre —manifestó—. Recuerde, me debe un paseo por el parque.

—No lo olvidaré — repuso ella.

Por un momento Long sintió la tentación de besarla, pero se contuvo, pensando que no debía comportarse de forma inadecuada.

—Procure descansar, Edith —se despidió finalmente.

En la calle, y ya con la mano en la manija de la portezuela, se volvió un instante hacia la casa.

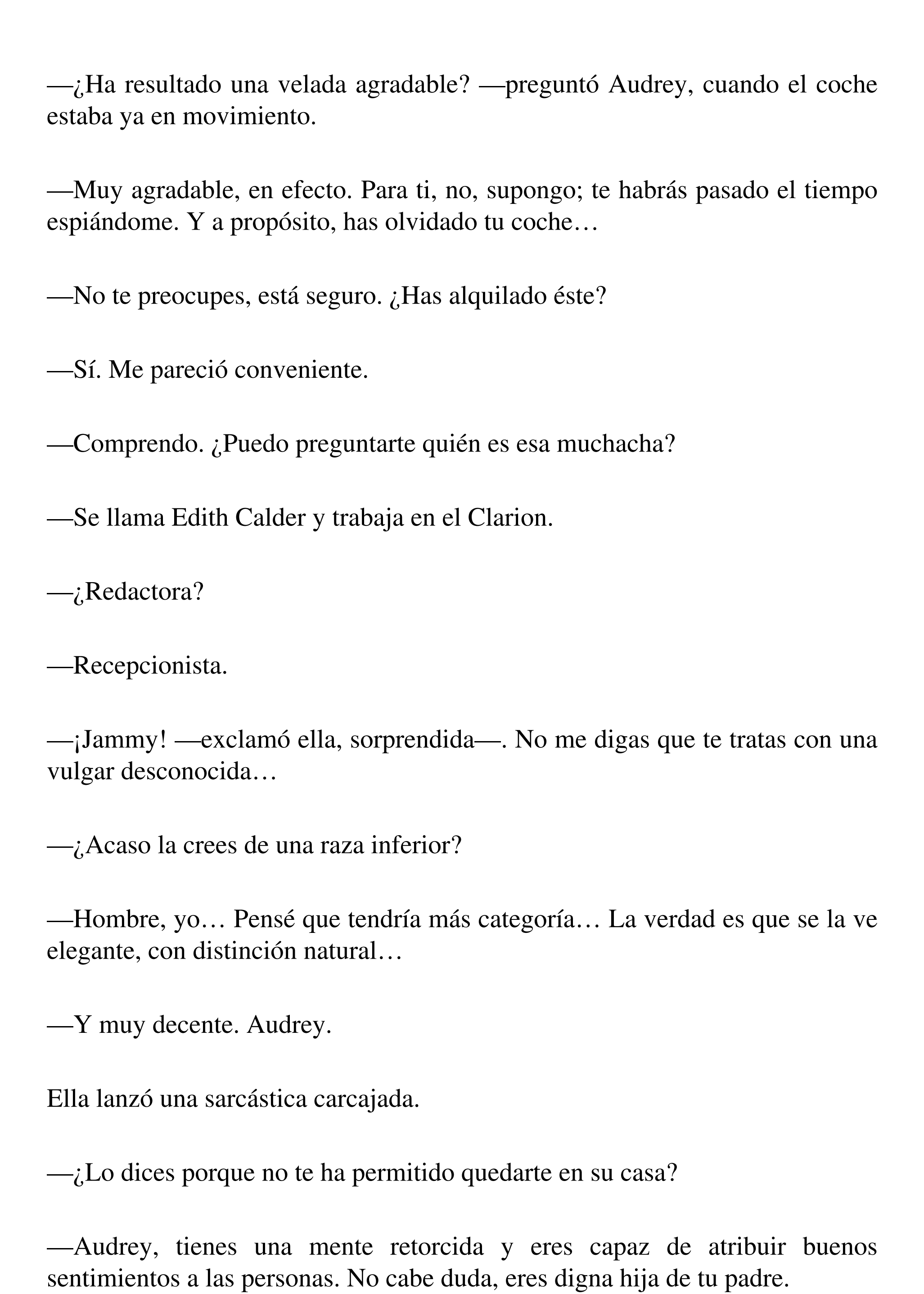
La silueta de Edith se destacó claramente contra el fondo iluminado de la ventana. Ella hizo un gesto con la mano. Long correspondió con otro análogo y luego entró en el coche y se sentó tras el volante.

Entonces oyó una voz sarcástica:

—Una chica encantadora, ¿eh?

Long inspiró profundamente. Por un momento sintió la tentación de emitir una palabrota, pero logró contenerse a tiempo.

—Realmente encantadora —admitió con frialdad.



CAPITULO VIII

—¿Ha resultado una velada agradable? —preguntó Audrey, cuando el coche estaba ya en movimiento.

—Muy agradable, en efecto. Para ti, no, supongo; te habrás pasado el tiempo espiándome. Y a propósito, has olvidado tu coche…

—No te preocupes, está seguro. ¿Has alquilado éste?

—Sí. Me pareció conveniente.

—Comprendo. ¿Puedo preguntarte quién es esa muchacha?

—Se llama Edith Calder y trabaja en el Clarion.

—¿Redactora?

—Recepcionista.

—¡Jammy! —exclamó ella, sorprendida—. No me digas que te tratas con una vulgar desconocida…

—¿Acaso la crees de una raza inferior?

—Hombre, yo… Pensé que tendría más categoría… La verdad es que se la ve elegante, con distinción natural…

—Y muy decente. Audrey.

Ella lanzó una sarcástica carcajada.

—¿Lo dices porque no te ha permitido quedarte en su casa?

—Audrey, tienes una mente retorcida y eres capaz de atribuir buenos sentimientos a las personas. No cabe duda, eres digna hija de tu padre.

—Jammy, yo te quiero…

—No lo dudo, pero tu cariño tiene ciertos aspectos que no me agradan en absoluto.

—¿Por ejemplo?

—Demasiado absorbente, por una parte, y, por otra, demasiado inclinada a plegarte a las decisiones de tu padre.

—Bueno, las personas cambian con el tiempo…

—Quizá, pero no me gustaría seguir hablando de este tema.

—Muy bien —dijo Audrey, un tanto despechada—, ¿de qué hablamos, en tal caso?

—Conozco el lugar donde acaso esté Callahan pasando sus vacaciones.

—¿De veras? ¿Dónde?

—Ni lo sueñes. No pienso decírtelo.

—Vamos, anda, no seas tan… discreto…

Long hizo un gesto de enojo.

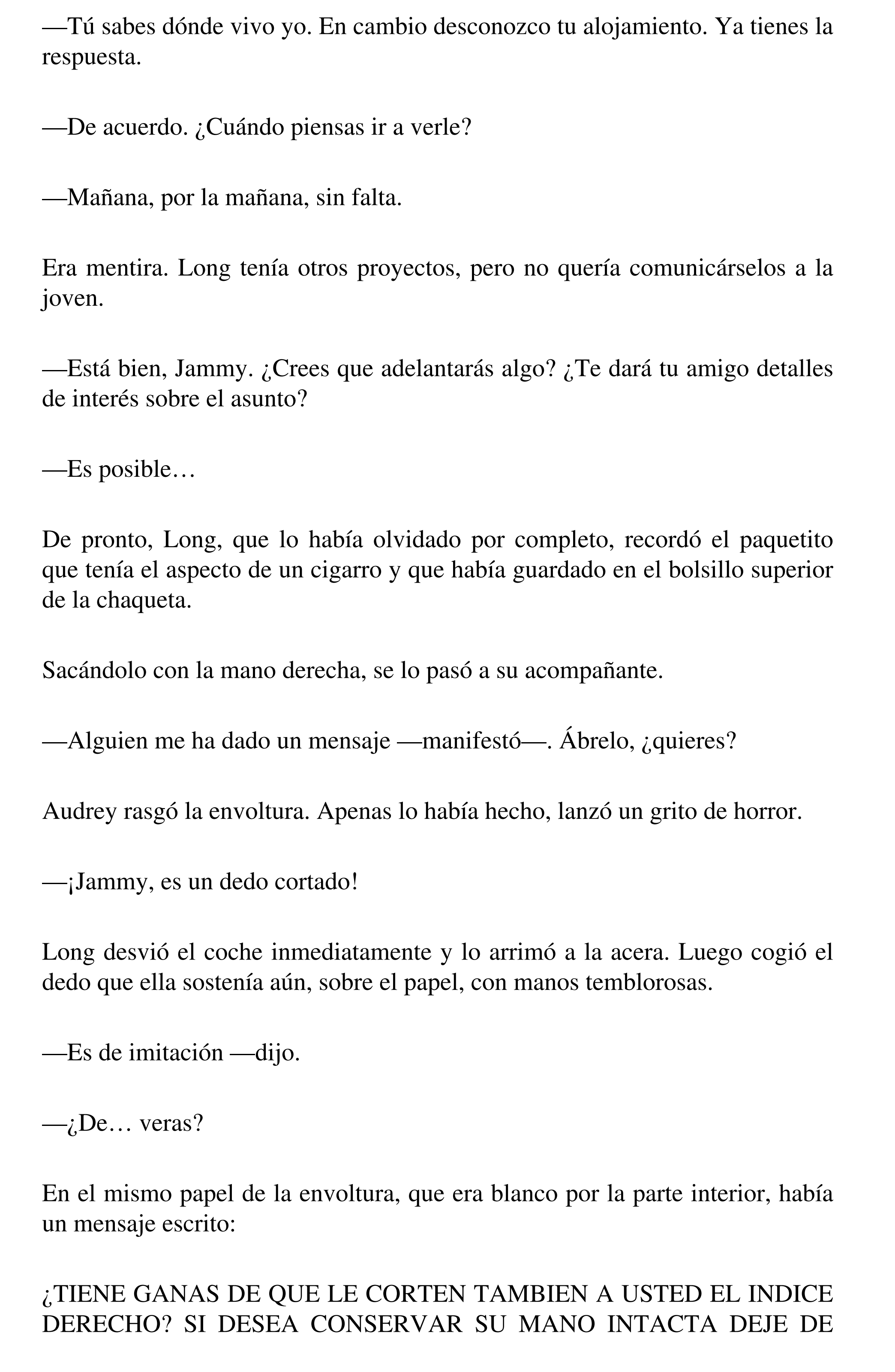
—No insistas, Audrey —respondió firmemente.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho.

—Por lo visto no confías en mí —exclamó, despechada.

—Sí confío, pero no quiero meterte en líos. El todopoderoso señor Hatterly no me perdonaría jamás ser el causante de que a su hija le hubiera sucedido alguna desgracia. Iré solo al escondite de Callahan y no se hable más.

—Al menos me verás a tu regreso, supongo.



—Tú sabes dónde vivo yo. En cambio desconozco tu alojamiento. Ya tienes la respuesta.

—De acuerdo. ¿Cuándo piensas ir a verle?

—Mañana, por la mañana, sin falta.

Era mentira. Long tenía otros proyectos, pero no quería comunicárselos a la joven.

—Está bien, Jammy. ¿Crees que adelantarás algo? ¿Te dará tu amigo detalles de interés sobre el asunto?

—Es posible…

De pronto, Long, que lo había olvidado por completo, recordó el paquetito que tenía el aspecto de un cigarro y que había guardado en el bolsillo superior de la chaqueta.

Sacándolo con la mano derecha, se lo pasó a su acompañante.

—Alguien me ha dado un mensaje —manifestó—. Ábrelo, ¿quieres?

Audrey rasgó la envoltura. Apenas lo había hecho, lanzó un grito de horror.

—¡Jammy, es un dedo cortado!

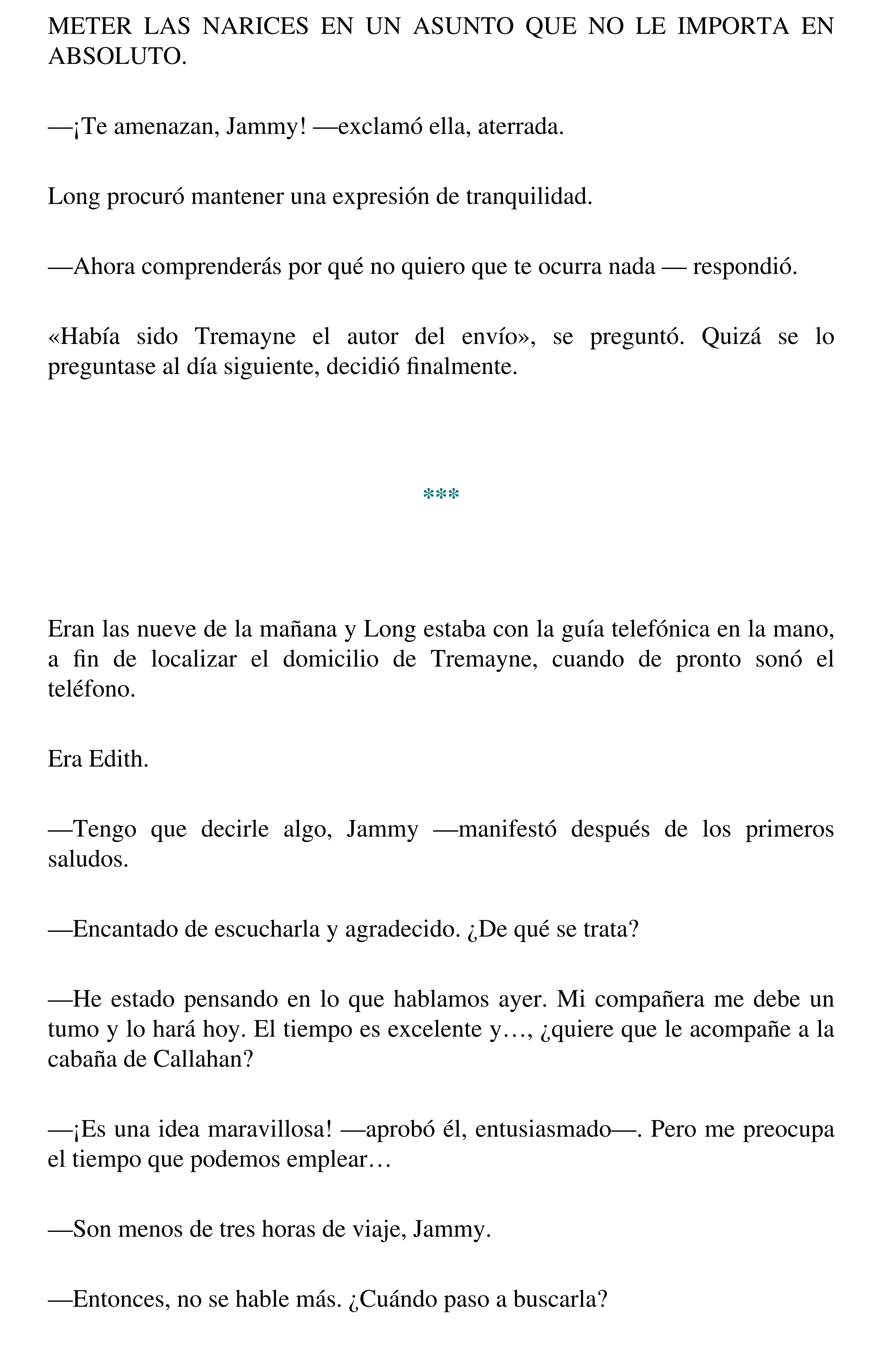
Long desvió el coche inmediatamente y lo arrimó a la acera. Luego cogió el dedo que ella sostenía aún, sobre el papel, con manos temblorosas.

—Es de imitación —dijo.

—¿De… veras?

En el mismo papel de la envoltura, que era blanco por la parte interior, había un mensaje escrito:

¿TIENE GANAS DE QUE LE CORTEN TAMBIEN A USTED EL INDICE DERECHO? SI DESEA CONSERVAR SU MANO INTACTA DEJE DE



METER LAS NARICES EN UN ASUNTO QUE NO LE IMPORTA EN ABSOLUTO.

—¡Te amenazan, Jammy! —exclamó ella, aterrada.

Long procuró mantener una expresión de tranquilidad.

—Ahora comprenderás por qué no quiero que te ocurra nada — respondió.

«Había sido Tremayne el autor del envío», se preguntó. Quizá se lo preguntase al día siguiente, decidió finalmente.

***

Eran las nueve de la mañana y Long estaba con la guía telefónica en la mano, a fin de localizar el domicilio de Tremayne, cuando de pronto sonó el teléfono.

Era Edith.

—Tengo que decirle algo, Jammy —manifestó después de los primeros saludos.

—Encantado de escucharla y agradecido. ¿De qué se trata?

—He estado pensando en lo que hablamos ayer. Mi compañera me debe un tumo y lo hará hoy. El tiempo es excelente y…, ¿quiere que le acompañe a la cabaña de Callahan?

—¡Es una idea maravillosa! —aprobó él, entusiasmado—. Pero me preocupa el tiempo que podemos emplear…

—Son menos de tres horas de viaje, Jammy.

—Entonces, no se hable más. ¿Cuándo paso a buscarla?

—Estaré lista dentro de veinte minutos. Ya le aguardaré a la puerta de mi casa.

—Magnífico, Edith.

Long colgó el teléfono y terminó de vestirse apresuradamente. La entrevista con Tremayne, se dijo, quedaba pospuesta para el día siguiente.

—O para esta misma noche —murmuró, mientras ponía en funcionamiento el motor del coche.

Edith, en efecto, se hallaba a la puerta de la casa, deliciosamente ataviada con una blusa, una chaqueta ligera y pantalones, todo de colores admirablemente combinados.

Sus negros cabellos quedaban graciosamente recogidos por un pañuelo de vivos tonos, que no desentonaban en absoluto con el resto de la indumentaria

—Todavía sigo preguntándome cómo no se ha casado ya un millón de veces —dijo al arrancar.

—¿Un millón de maridos? ¡Qué horror! —se escandalizó ella fingidamente—, ¿Qué haría yo con semejante harén masculino?

—Era un decir, Edith —sonrió él.

—Ya tuve un pretendiente y estuvimos a punto de casarnos.

—No la abandonaría al pie del altar, como hice yo, ¿verdad?

Ella se volvió, sorprendida.

—¿De veras hizo una cosa semejante, Jammy? —exclamó.

—En otro momento le explicaré por qué lo hice. Y no crea, no fue una decisión fácil de tomar. Me esperaba la fortuna, una magnífica posición social, y una esposa muy bella…, pero hay cosas que un hombre no debe asumir si no quiere perder su propia dignidad.

—Si fue así hizo bien —dijo Edith.

—Usted también tuvo un fracaso. ¿Qué sucedió?

—Ocurrió a raíz de la invitación que me hizo Callahan. Sinceramente, yo creí que era para pasar dos días estupendos en contacto con la naturaleza, además de poner en limpio algunos de sus trabajos. Confieso que me porté con demasiada ingenuidad.

—Esa declaración la enaltece, Edith. Pero ¿qué tiene que ver eso con su futuro?

—No creyó en mis protestas de inocencia. Rompió el compromiso, simplemente.

—No lo lamente. Un hombre que no cree a su futura esposa demuestra no amarla.

—Usted, ¿me hubiera creído?

—Sí, aunque añadiré una cosa: sólo me habría engañado una vez.

—Nunca engaño a las personas a quienes aprecio, Jammy.

—Otra señal de que es una buena chica —sonrió él—. ¿De veras quiere progresar y ser periodista?

—Es una profesión que me agrada —respondió Edith.

—Hablaré con Callahan. Pondremos las cartas sobre la mesa.

—Jammy, no quiero que por mi causa…

—Repito que hablaré con él y entonces veremos qué ocurre. Otra cosa. ¿qué sabe usted de la muerte de Marawnee?

Edith guardó silencio durante unos momentos. Luego dijo:

—He leído mucho sobre el particular.

—En los archivos del periódico, claro.

—Por supuesto.

—¿Le importaría contarme lo que sabe de este caso?

—En absoluto, con mucho gusto —accedió la muchacha.

***

Realmente, se dijo Long al contemplar el paisaje que rodeaba a la cabaña de su amigo, era un lugar encantador. Arboles por todas partes, principalmente pinos ponderosa, de veinte y más metros de altura, césped abundante y un arroyuelo con algunos remansos en los que se veían brillar los peces que nadaban en el agua.

La corriente estaba alimentada por una pequeña cascada procedente de las cercanas montañas. En el buen tiempo, pensó, debía de resultar delicioso bañarse en el arroyo.

La cabaña, pese a su rústico aspecto, era relativamente grande y no debía de carecer de ninguna de las comodidades necesarias. Había una pequeña explanada ante la fachada principal, protegida por un porche que corría a todo lo largo del edificio, al que se accedía mediante una escalera de cuatro peldaños.

Long observó inmediatamente un detalle que le hizo pensar en un viaje inútil.

—No sale humo de la chimenea —dijo.

—La encenderá por las noches —apuntó Edith.

—Tal vez. Bueno, vamos a ver si está ese indeseable amigo «mío.

Long saltó del coche y se dirigió hacia la cabaña. Edith se desvió un poco.

—Jammy, veo un coche en la parte posterior —informó.

—Será el de Callahan —supuso él.

—No —contradijo la muchacha—. Es un coche de color oscuro. Callahan utiliza siempre un descapotable blanco, con mecanismo automático para la capota. Lo conozco muy bien y ese que tengo a la vista no es el automóvil de su amigo.

Long tenía ya un pie en el primer peldaño y se detuvo inmediatamente al oír las palabras de la muchacha. Durante unos segundos se mantuvo indeciso, sin saber qué hacer.

Súbitamente, un hombre apareció en el umbral de la puerta, armado con un revólver, que empuñaba con una mano cuyo dorso aparecía monstruosamente cubierto de vello.

—Será mejor que se aparte —dijo Tremayne hoscamente—. No tengo intención de causarles daño, pero si me obligan a ello dispararé sin vacilación.

CAPITULO IX

Long retrocedió unos pasos, mientras Tremayne descendía lentamente la escalera. De pronto el joven vio una manchita de sangre en la pernera izquierda del pantalón del sujeto.

—Harvey, ¿a quién ha cortado hoy el dedo índice? —preguntó.

El sujeto se sobresaltó fuertemente al oír una pregunta por completo inesperada. Edith escuchó también aquellas palabras y no pudo evitar un pequeño chillido de horror.

—¡Jammy! ¿Qué está diciendo?

La voz de la muchacha distrajo a Tremayne un instante. Long se dijo que no debía desaprovechar la ocasión y, apartando el revólver con la mano izquierda, disparó el puño derecho contra la mandíbula del individuo.

Con gran sorpresa suya, Tremayne, aparentemente muy fornido, se desplomó como un saco. Long se chupó los nudillos.

—La próxima vez me pondré un guante reglamentario —masculló.

Tremayne, sin embargo, no había perdido el conocimiento por completo. Long aprovechó la ocasión y apoderándose del arma la arrojó con todas sus fuerzas al otro lado de unos arbustos.

—Vamos, póngase en pie — ordenó—. Usted es un hombre robusto y ha caído por la sorpresa y no por el golpe, que no ha tenido nada de particular. Levántese; necesito hablar con usted.

Tremayne se sentó primero y luego tanteó su mandíbula.

—Pega más fuerte de lo que parece —se quejó.

—Sólo trataba de defenderme —alegó el joven.

—Y yo sólo quería escapar —refunfuñó Tremayne.

—¿De qué? ¿Tiene miedo de algo o de alguien?

—No estoy de humor para explicaciones. —Déjeme pasar…

—Antes tenemos que hablar —dijo Long firmemente.

—¿Puede obligarme a ello?

Era un claro desafío. Long volvió la cabeza un instante, miró a Edith, algo apartada de ambos y se fijó en el bolso que pendía de su hombro izquierdo.

—Edith, dame tu revólver. Si este tipo se niega a contestar a mis preguntas, le partiré una rodilla a tiros —exclamó.

La muchacha se sorprendió en el primer momento, pero luego comprendiendo el ardid de Long, hizo un gesto de asentimiento.

—Si quieres puedo hacerlo yo misma —dijo, a la vez que metía la mano en el bolso.

Tremayne se alarmó.

—Eh, oigan, no pueden hacerme eso. Yo soy inocente…

—Inocente, ¿de qué? ¿A cuántos ha matado, Tremayne?

—¡Por todos los diablos! ¡Yo no soy un asesino! —barbotó el sujeto—. Admito que a veces hago cosas no demasiado honestas, pero de ahí a andar por las calles liquidando a personas va un abismo.

—Bueno, entonces, ¿qué son esas cosas poco honestas que hace? —preguntó Long, en el fondo divertido por el giro que estaba tomando la situación.

Aquel hombre hubiera podido despedazarle con sus propias manos, pero ahora lo tenía allí, frente a él, bastante amedrentado, según se podía apreciar sin dificultad. Long comprendió que Tremayne se aprovechaba muchas veces de su imponente aspecto físico, aunque, bien mirado, era un tipo no demasiado animoso.

Tremayne dudó un momento, pero al fin, con cierta reticencia, dijo:

—Bien, yo soy bastante amigo del dueño de esta cabaña…

—Callahan, el periodista.

—Eso es, sí, señor. Hago muchos trabajos para él; espío a la gente…

—Y se mete en sus casas y les roba fotografías y documentos comprometedores que luego vende a Callahan —terció Edith inesperadamente.

Sorprendido, Long se volvió hacia la muchacha.

—¿Es cierto eso?—inquirió.

—Mírale a la cara —respondió ella—. En el periódico, es de dominio público que Callahan tiene algún tipo que le hace trabajos sucios. Yo sabía que Tremayne le conseguía informaciones, pero ahora creo saber que es él mismo quien hace todas esas cosas poco… «honestas» —terminó Edith con cierto retintín de ironía

—No hacemos daño a nadie — gruñó Tremayne.

—Eso tiene mucho de discutible, pero no vamos a entretenernos ahora en lecciones de moral —dijo Long—. La cabaña es de Callahan…, ¿y a qué ha venido usted a este lugar?

—Hace días que no veo a Callahan. Me debe dinero y ando mal de fondos.

Long miró una vez más a la joven.

—¿Tú le crees, Edith?

—Es posible. Se dice por ahí que Callahan es mal pagador. Tiene muchos gastos: le gusta vivir bien, buenas ropas… y otras cosas que prefiero no mencionar. Aunque tiene un buen sueldo, no le faltan tampoco acreedores.

—Aquí hay uno —dijo Long con sorna—. Bueno, creo que podemos dejarle marchar. Tremayne, lárguese.

—Sí, señor.

El sujeto se puso en pie. Long apuntó con el índice.

—Por ahora resido en la propia casa de Callahan. Si averigua algo sobre su paradero no deje de comunicármelo por teléfono. Supongo que se lo sabe de memoria, ¿no?

—Desde luego, pero aún no me ha dicho quién es usted…

—Jammy Long. Y ahora márchese de una vez. ¡Vamos, rápido!

Tremayne no se hizo de rogar y corrió hacia su coche, que arrancó a los pocos segundos.

Long y Edith quedaron solos.

El joven sonrio.

—¿Has pasado miedo? — preguntó.

—Al principio, un poco —confesó ella—. Luego resultó gracioso… Ese pobre hombre sólo tiene fachada, aunque, naturalmente, yo acabo de enterarme. Cada vez que lo veía asomar por la puerta en el periódico se me ponían los pelos de punta.

—Sí, es capaz de dar un susto al propio miedo —convino el joven.

De pronto, recordó algo.

—Tenía manchas de sangre en una pernera del pantalón —añadió.

—Se habrá hecho alguna rozadura…

Long hizo un gesto de duda. Luego echó a andar con paso firme hacia la cabaña.

Edith le siguió en el acto. Long cruzó el umbral y se detuvo apenas había dado un par de pasos.

Quiso advertir a la muchacha, pero no tuvo tiempo. Detrás de él, Edith lanzó un ahogado grito de terror.

—Dios mío…

Long se volvió hacia ella. Edith parecía a punto de desplomarse y la sostuvo por el talle.

—Será mejor que salgas fuera —aconsejó.

Ella hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Con paso inseguro, salió fuera de la cabaña y se sentó en el primer peldaño de la escalera.

Long admitió para sí mismo que ciertos espectáculos ya no le impresionaban. Ver a un hombre muerto, con una herida en el pecho y el índice de la mano derecha amputado, no era cosa nueva para él.

***

El muerto era Sam Ockett. Long se preguntó qué motivos habría tenido para viajar a un lugar tan apartado.

Ockett, sin embargo, ya no se lo podría decir. Quizá lo sabía el asesino, pero a Long no se le ocurría ninguna explicación para la presencia del muerto en la cabaña.

Ockett yacía tendido en el suelo, en una posición casi natural, como si durmiese, con una mano sobre el estómago y el brazo derecho algo separado del cuerpo.

La herida mortal era análoga a las que ya había visto. Apenas había sangre en la pechera de la camisa. Long dedujo que el asesino debía de haber utilizado un estilete muy fino.

«Y ¿con qué corta los dedos de sus víctimas?»

Probablemente empleaba un bisturí de cirujano, tan afilado como una navaja de afeitar. Y lo llevaría siempre encima, naturalmente.

La sangre había manado en abundancia del lugar de la amputación y corría en regueros irregulares por el bien encerado suelo de madera. De súbito, Long se dio cuenta de un detalle.

El muerto tenía las ropas un tanto desarregladas. Arrodillándose junto al cadáver, metió la mano en el interior de su chaqueta y extrajo una billetera, que examinó cuidadosamente.

La billetera ofrecía una curiosa particularidad: daba la sensación de haber estado repleta de papeles, hinchada anormalmente, pero ahora se veía vacía por completo, a excepción de los documentos personales.

Pero ¿qué papeles podía haber llevado Ockett en la billetera?

—Dinero —exclamó repentinamente.

Entonces comprendió los motivos de las prisas de Tremayne y su aparente mansedumbre. Había desvalijado al muerto, aunque en aquellos momentos le resultaba imposible adivinar la cantidad conseguida.

Sacó un pañuelo, limpió cuidadosamente la billetera y la volvió a su sitio. Tremayne, supuso, habría hecho lo mismo, para borrar sus huellas dactilares, pero sin duda se había arrodillado al lado opuesto y, pese a sus precauciones, no había podido evitar mancharse ligeramente una de las perneras de sus pantalones.

Al terminar, se levantó. Salió a la veranda y se sentó junto a la muchacha.

—¿Te sientes algo mejor? —preguntó.

Edith asintió.

—Tienes que dispensarme —rogó—. Era la primera vez…

—Sí, es lógico.

—Además, le cortaron un dedo… ¿Por qué, Jammy?

—Si no te importa, te lo contaré durante el camino de vuelta. Para ti ha sido el primero: en cambio, éste es mi número cuatro.

Edith se sobresaltó terriblemente.

—¡Dios mío! ¿Hablas en serio? —exclamó.

Long movió la cabeza arriba y abajo repetidas veces.

—Sí. En la cabaña, supongo, debe de haber licor y te ofrecería una copa de buena gana, pero no quiero dejar mis huellas dactilares. Vi una estación de servicio a una media hora y allí tomaremos algo para que puedas reconfortarte un poco.

—Ya me estoy rehaciendo —manifestó ella—. A fin de cuentas, no olvides que trabajo en un periódico y que veo y oigo cosas a veces verdaderamente espantosas. Pero no es lo mismo leerlo, o escucharlo a alguien, que presenciarlo en la realidad.

—Eso es cierto —concordó Long—. Y de todas formas, he aprendido, algo. Tremayne no es tan fiero como parece, pero tampoco un manso gatito. En esta ocasión, al menos, le convenía aparentar cierta cobardía.

—¿Por qué?

—En primer lugar no ha dicho gran cosa. Sí, hace algunos trabajos sucios para Callahan, muy reprobables si tú quieres, pero nada que merezca una severa pena. Y en segundo lugar, el muerto debía de llevar encima una gran cantidad de dinero y Tremayne se la ha embolsado tranquilamente. Por eso quería marcharse cuanto antes.

—¿Te has atrevido a registrar el cadáver? —se asombró Edith.

—Sam Ockett está muerto y no ha protestado —respondió el joven con macabro humorismo—. Indudablemente, Tremayne vino a buscar aquí dinero y lo ha conseguido.

—Pero no hemos encontrado a Callahan.

Long se rascó la mandíbula pensativamente.

—Edith, Callahan, con toda seguridad se ha ido a otro parte. Incluso ha podido registrarse con un nombre distinto, si está en algún hotel situado Dios sabe dónde. ¿Sabes si hacía esto otras ocasiones?

—Creo recordar que se fue una vez, diciendo que quería descansar y que no dejaría su dirección. Sin embargo no estoy segura, Jammy.

—Bueno, ya aparecerá —dijo el joven—. Edith, ¿qué te parece si nos marchamos?

—Cuando tú digas —repuso ella.

Long se levantó y le tendió la mano, percibiendo una sensación extraña, pero agradablemente confortadora al contacto con la joven. De pronto, ella se volvió y le miró.

—Informaremos a la policía, supongo.

Long movió la cabeza negativamente.

—No—dijo lacónico.

—Pero el cadáver…

El joven miró a todas partes.

—No quisiera ser causa de aprensiones para ti, pero tengo la sensación de que hay unos ojos que nos vigilan constantemente — murmuró.

—Jammy, ¿estás seguro?

—Este es el cuarto asesinato. Tres más se cometieron con anterioridad y no se ha sabido nada de esas muertes. Por tanto, el asesino esconde luego los cuerpos de sus víctimas. Deja que alguien lo sepa y más tarde, cuando se siente seguro, hace desaparecer los cadáveres.

—Entonces nos espía…

—Muy probablemente, aunque te aconsejo que no lo des a entender. Hay demasiado bosque, demasiados sitios donde una persona puede esconderse a

poca distancia de la cabaña, sin ser vista. Anda, vámonos ya.

La joven se dejó llevar hasta el coche. Cuando ya se encontraban a cierta distancia de la cabaña, exhaló un largo suspiro de alivio.

—Me parece haber despertado de un mal sueño, aunque todo ha sido tan horriblemente real…

—Lo es —confirmó el joven ceñudamente—, Y ahora, mientras buscamos esa estación de servicio, te contaré con todo detalle, pero antes quiero pedirte un favor.

—Si puedo lo haré con mucho gusto —accedió la muchacha.

—Gracias. Escúchame con atención, Edith. Hace unos seis meses murió un importante hombre de negocios en un accidente. Se llamaba Howard K. Marawnee…

—Recuerdo muy bien el suceso, Jammy.

—Mejor todavía. Bien, la viuda, posteriormente acusó a varias personas de haber matado a su esposo, simulando después un accidente. Luego te daré los nombres de esas personas y tú investigaras todo lo que haya sobre el particular en los archivos del periódico. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Escucha, te contaré…

Long se interrumpió bruscamente y Edith le miró con curiosidad. El joven parecía preocupado por algo.

—¿Qué te ocurre? — preguntó ella.

—Ahora recuerdo algo… Me parece como si hubiera visto antes a Tremayne… No, no le he visto, pero su voz me parece conocida…

El joven permaneció indeciso unos momentos y, al fin, meneó la cabeza.

—Bueno, no tiene importancia. Quizá haya sido una ilusión mía, porque, lo

cierto es que hoy he visto a Tremayne por primera vez en mi vida. Ahora escúchame con toda atención…

CAPITULO X

Estaba en el baño, bajo la ducha, cuando de pronto oyó una voz en la puerta:

—¿Te estás acicalando para ir a buscar a la beldad de los ojos negros? —preguntó Audrey irónicamente.

—Si eso te preocupa —respondió Long, asomándose entre las cortinas de la bañera—, te diré que he pasado el día con ella.

—¡No! —fingió Audrey con asombro—. ¿De veras?

—Hemos hecho una encantadora excursión por el campo, hemos respirado aire puro y contemplado unos paisajes maravillosos.

—En resumen, una cura de desintoxicación.

—Algo por el estilo. —Long cerró el grifo de la ducha—, Audrey, si no te importa, voy a salir a secarme.

—Escucha, quiero que me cuentes…

—Bueno, si tienes ganas de verme desnudo no te privaré de ese placer.

Ella lanzó un gritito de susto y escapó a la carrera. Long rio con fuerza, mientras se enjugaba el cuerpo con una toalla.

—Eres un individuo obsceno, exhibicionista —le apostrofó la joven poco después.

—Nena, la obscenidad muchas veces sólo reside en la mente de cada cual —respondió Long sentenciosamente.

Cubierto el cuerpo con la toalla solamente, apareció en la sala y destapó una botella.

—Tengo intención de hacer algunas visitas esta noche —manifestó.

—¿Puedo acompañarte? —consultó Audrey.

Long se encogió de hombros.

—No tengo inconveniente —respondió.

—Parece ser que mi compañía no te entusiasma —dijo ella, picada.

—Preciosa, cuando eché a correr en la puerta de la iglesia lo hice porque había tomado una decisión de la que no pienso volverme atrás en todos los días de mi vida.

—Puedes cambiar de opinión, Jammy.

—Posible, pero no probable.

Long tomó un sorbo y se encaminó hacia el dormitorio.

—Voy a vestirme. ¿Quieres venir conmigo a hablar con un tal Nils Barnard?

—¿Otro de los «herederos». Jammy?

—Exactamente.

—¿Qué tiene Barnard de particular?

—Sospecho que era amante de la señora Marawnee. Lo que oí en la célebre reunión de Villa de Oro así me lo hace creer — contestó Long mientras se iba vistiendo.

—¿Crees que eso puede tener relación con los asesinatos?

—Ya lo veremos cuando hable con él, Audrey.

—Ah, entonces permites que te acompañe…

—Por supuesto, no tengo ningún inconveniente. Así podrás ver la cara que pone cuando se entere de que ya se ha cortado el dedo índice número cuatro.

Audrey sintió que se le suspendía la respiración. Long apareció poco después, ajustándose el nudo de la corbata.

Long sonrio.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. Has perdido el color…

—Jammy, acabas de decir que se ha cometido otro asesinato.

—En efecto, eso es. ¿Vamos?

En aquel momento sonó el teléfono. Long se acercó al aparato y lo levantó.

—¿Sí?

—Jammy, soy Edith. He hablado por teléfono con una compañera. Me dice que Callahan se marchó a Florida, con nombre supuesto. Cree que está en Key West, pero no está segura…

—Eso queda un poco lejos —murmuró el joven, un tanto decepcionado—. Está bien, se ve que no quiere que le molesten durante sus vacaciones. Tendremos que pasarnos sin él, ¿no te parece?

—Creo que no hay otro remedio. Jammy.

—Perfectamente. No dejes de investigar en lo que te dije.

—Descuida. Buenas noches.

—Buenas noches. Edith.

Long colgó el teléfono y miró a Audrey.

—¿La chica de los ojos de negra noche? —preguntó ella.

—La misma. Otra valiosa ayudante, como tú.

—No sé de qué te sirvo yo. Podría haberme quedado muy bien en casita…

—Entonces no me habrías salvado la vida en el cementerio. Anda, vámonos de una vez.

Long agarró posesivamente el brazo de la joven y la empujó hacia la salida.

—Vamos a ver qué cara pone Barnard cuando conozca las últimas noticias —dijo.

***

Nils Barnard palideció cuando Long le informó de la muerte de Ockett.

—¿Otro asesinato? —exclamó—. No puedo creerlo…

—A mí esto me importa un pimiento, si no fuese porque dos sujetos me llevaron a la fuerza a Villa de Oro —dijo Long firmemente—. Se me confundió con Callahan y, lo que es peor, no se me permitió declarar el error. Pero en mi vida tuve la menor relación con Marawnee ni había oído su nombre, hasta que llegué a Los Angeles. En cambio usted sí se relacionó con él, ¿verdad?

—Sí, es cierto. —Barnard se había sentado, pero alzó la cabeza con gesto enérgico—. Sin embargo, no esperará usted que le cuente mis relaciones con Marawnee.

—¿Por qué no? Yo no soy policía y no voy a ir por ahí divulgando secretos que sólo me interesan en lo que puede afectar a mi vida… y a mi dedo índice. La viuda les acusó a ustedes de haber conspirado para asesinarle.

—¡Falso! —protestó el sujeto vivamente—. Es una invención de esa zorra…

—¿De veras? Entonces también es una invención el premio del medio millón de dólares para el que consiga reunir antes los siete dedos índice.

—No puedo hablar, se lo aseguro.

—No puede… ¿o tiene miedo?

—¡Maldita sea! No tengo por qué darle explicaciones de mis actos. Lo mejor que pueden hacer es largarse los dos de mi casa — gritó Barnard descompuestamente.

Audrey adelantó el torso.

—Dígame, ¿es cierto que fue usted el amante de la señora Marawnee?

Barnard emitió una sonrisa llena de amargura.

—Creí que iba a ser capaz de divorciarse de su esposo, para casarse conmigo. Fue una ingenuidad mía tan enorme que todavía me asombro de que se me pudiera ocurrir un disparate semejante. Al contrario, a ella no le interesaba el divorcio lo más mínimo. Así tenía las manos libres para…

Barnard se había interrumpido bruscamente. Long trató de apremiarle.

—¿Para qué? — preguntó.

—Casada con Marawnee, que parecía insensible a sus encantos, podía disponer de dinero en cantidades poco menos que ilimitadas… y así cambiar de amante como quien cambia de camisa.

—Entonces no fue usted el único.

Barnard volvió a reír.

—Tome la guía telefónica y marque nombres al azar. Luego vaya preguntando; casi todos dirán que fueron amantes de esa ninfómana — respondió sarcásticamente.

—Bien, pero eso no invalida la acusación de asesinato…

—Ya la invalidó la policía. Nosotros no fuimos. El murió accidentalmente. Lo malo es que sucedió en unos momentos muy críticos.

—¿Por qué?

—He dicho antes que no quiero dar explicaciones. Ya he hablado bastante, ¿comprende?

—Hay algo que no entiendo. Si la señora Marawnee no amaba a su esposo, aunque no mostrase intenciones de separarse de él, ¿por qué ahora quiere cumplir su última voluntad y pagar medio millón de dólares?

El sujeto se encogió de hombros.

—¡Y yo qué sé! Esa mujer está medio loca…

Long cambió una mirada de inteligencia con Audrey.

—Creo que aquí ya no tenemos nada que hacer —dijo.

Ella asintió.

—De acuerdo, Jammy.

Tras una fría despedida abandonaron el apartamento de Barnard. Estaba situado en un ático muy elegante y el ascensor les llevó hacia la planta baja.

—Jammy, ¿qué opinas? —preguntó la joven durante el descenso.

—Barnard oculta algo, esto es indudable. Ha mencionado unos momentos muy críticos, pero ¿por qué?

—No lo sé.

—Es imposible apretarle las clavijas, pero quizá tuvieran negocios en común…

—Tal vez, Jammy. Pero el caso es que ya se han producido cuatro víctimas… y no se te ha ocurrido preguntarle de quién sospecha.

—Como no sea él mismo… —dijo Long con cierta ironía.

El ascensor se detuvo. Long salió fuera, pero Audrey permaneció inmóvil.

—Vamos —exclamó el joven—, ¿A qué esperas?

Audrey tenía apoyado el índice en el cuadro de mandos del aparato.

—Voy a hacerle esa pregunta yo misma —dijo, resuelta—. Aguárdame, no te muevas del vestíbulo.

—Está bien — cedió Long resignadamente—, Pero no tardes.

—Subir y bajar, lo justo nada más —contestó Audrey.

La puerta del ascensor se cerró. El aparato se puso en marcha y ella salió momentos más tarde, para llamar de inmediato a la puerta del apartamento de Barnard.

No hubo respuesta. Insistió un par de veces más y, tras unos momentos de duda, se decidió a abrir por sí misma.

Empujó la puerta.

—Señor Barnard…

Pasos precipitados sonaron al otro lado del apartamento.

—No huya usted —exclamó la joven casi furiosa—. Sólo quiero hacerle una pregunta…

Barnard no contestó. Audrey creyó oír el ruido de una puerta que se cerraba precipitadamente,

«¿Acaso es el asesino y quiere escapar?», se preguntó.

Cautelosamente, avanzó unos pasos y entonces vio algo que la hizo sentir vértigos momentáneamente.

Había un cuerpo humano que caía en el suelo, asomando solamente la parte inferior por la puerta que daba al dormitorio. Dada su postura, oblicua con respecto al plano de la puerta, Audrey pudo ver la mano derecha, de la que manaba la sangre en abundancia.

Todo dio vueltas a su alrededor y creyó que iba a perder el conocimiento, pero logró rehacerse merced a un poderoso esfuerzo de voluntad. En aquel instante recordó algo que le causó verdadero pánico.

Retrocedió paso a paso, sin perder de vista el dormitorio, hasta alcanzar la puerta.

Entonces salió corriendo hasta que llegó al ascensor.

El tiempo se le hizo interminable hasta que llegó al vestíbulo. Long la vio salir disparada y caer en sus brazos, terriblemente agitada.

—Jammy… Barnard está…

El joven adivinó inmediatamente lo sucedido.

—Ha sido asesinado —dijo.

Ella asintió.

—Casi sorprendí al asesino…, oí sus pisadas cuando escapaba a todo correr… —jadeó.

Long frunció el ceño.

—Eso significa que está todavía dentro del edificio —manifestó—. Ven, lo aguardaremos en el exterior, en un sitio donde no pueda vernos.

—¿Tú crees que será prudente? —consultó Audrey llena de aprensiones.

—Si no nos dejamos ver, es la mejor forma de echarle el guante y averiguar por fin toda la verdad —dijo el joven resueltamente.

***

Las horas transcurrían con lentitud. Sentada a su lado, Audrey dormía con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento. A veces se agitaba y murmuraba frases inconexas.

Long supo así que ella se encontraba bajo el influjo de poco agradables pesadillas.

El coche estaba situado en un lugar penumbroso, desde el cual sin embargo se divisaba la entrada del edificio. Desde el inicio de la observación no habían salido más que dos personas, cuyo aspecto no parecía corresponder al de un asesino sádico, que cortaba los dedos a sus víctimas después de matarlas.

Las sombras de la noche empezaron a retirarse. Long se sentía mortalmente fatigado y daba cabezadas con frecuencia.

Un policía pasó y les miró con curiosidad. Long adivinó que en su siguiente ronda el agente empezaría a hacer preguntas a las que no podía contestar. Decidió que lo más prudente era abandonar el lugar.

La furgoneta de la lavandería se detuvo frente al edificio. El conductor, vestido de blanco y con una gorrilla del mismo color, se apeó y fue a la puerta de servicio. Momentos después salía con un gran cesto de ropa en las manos.

Long dio el contacto. El ruido del motor despertó a Audrey.

—¿Qué pasa? —preguntó la joven, sobresaltada.

—Nos vamos. Hemos perdido la noche y yo me caigo de sueño —contestó él.

La furgoneta de la lavandería viró en redondo y pasó muy cerca del coche que ya se ponía en marcha. Long apreció un movimiento de la mano derecha del conductor.

Era una mano muy rara, se dijo, pero tenía que hacer verdaderos esfuerzos para mantener los párpados abiertos y se desentendió del suceso casi en el acto. La furgoneta, por otra parte, le adelantó con rapidez y se perdió de vista en la próxima bocacalle.

Cuando llegó a la casa de su amigo, fue al dormitorio y empezó a desvestirse.

—No te preocupes —dijo Audrey, desde la puerta—. Yo velaré tu sueño. A fin de cuentas, he dormido bastante y tú has pasado la noche sin pegar ojo.

—Gracias, encanto. Me echaré poco a poco en la cama; no quiero que me pase lo que aquel que quiso echarse de un salto — respondió Long.

—Calculó mal y cayó al suelo — rio ella.

—No; se quedó dormido en el aire. Luego despertó con un terrible enfriamiento en los riñones…

Long bostezó aparatosamente, mientras se tendía en el lecho. Aún debía hablar con los hermanos Neele, con Cynthia Marawnee…

El sueño le venció de forma poco menos que instantánea y dejó de pensar en el caso.

***

Despertó pasado el mediodía y ello gracias a que el teléfono sonaba insistentemente.

Todavía tenía algo de sueño y maldijo entre dientes el poco cuidado que tenía Audrey en atender las llamadas.

Sacudiendo la cabeza, se levantó y, todavía en pijama, acudió a la sala.

—Long —gruñó.

—Jammy, soy Edith. Tengo muchas cosas que contarte. He revisado los archivos del periódico, ¿sabes?

—Magnífico. ¿Cuándo nos vemos, encanto?

—Este asunto me apasiona. He pedido una semana de vacaciones —declaró la muchacha—. Voy a mi apartamento, Jammy.

—Yo he pasado la noche en vela y todavía estoy sin vestirme. Iré lo antes que pueda, pero primero quiero decirte una cosa.

—¿Es importante?

—Ya han cortado el quinto dedo, Edith.

Hubo un breve espacio de silencio. Al cabo de unos instantes, Edith dijo:

—Es horroroso, Jammy. Según eso, sólo quedan dos dedos por cortar.

—Sin contar el de Callahan. O el mío, porque el asesino debe de seguir creyendo que yo soy mi amigo.

—¿Tú crees?

—Es una posibilidad digna de tenerse en cuenta, ¿no te parece?

—En todo caso, ten cuidado, Jammy.

—Gracias por tus buenos deseos, Edith.

—Eres un chico estupendo y me disgustaría mucho que te sucediera algo.

Long soltó una suave risita.

—Lo de «chico» no me cuadra demasiado. Ando más cerca de los treinta que de los veinte años —declaró.

—Bueno, era una frase hecha pero te lo he dicho de corazón.

—El tuyo debe de ser de oro puro.

—Oh, no, en absoluto —rio ella—. ¿Cómo podría latir, en tal caso?

—También era una frase hecha, Edith.

—Jammy, no sé cómo tenemos humor para decir estas cosas con todo lo que está ocurriendo. ¿Quién es el asesino?

—Alguien que quiere ganarse medio millón de dólares, por supuesto. Y quizá no sea uno de los «herederos» de Marawnee. Pero, en fin, acabaremos por descubrirlo. ¿Has encontrado algo interesante?

—Sí, aunque ya te lo contaré cuando vengas.

—Muy bien, estaré ahí lo antes que pueda. Voy a vestirme inmediatamente.

—Te tendré preparado algo de comida, Jammy.

—Eres una chica encantadora. Piensas en todo.

—Dada la hora, es lo más lógico, ¿no? —contestó ella alegremente.

Long colgó el teléfono. Meneó la cabeza.

—¿Por qué no la habré encontrado antes? —murmuró, sintiendo cierto pesar, cuyas causas se sentía incapaz de encontrar.

Luego, resuelto, se encaminó al cuarto de baño. Los informes que había conseguido Edith, se dijo, debían de resultar muy interesantes y tenía una viva curiosidad por conocerlos.

CAPITULO XI

Llamó a la puerta, pero nadie le contestó. Intrigado repitió la llamada, porque estaba seguro que Edith debía de haber llegado a su casa, ya que, además de residir más cerca de su lugar de trabajo, no había perdido tiempo en vestirse, como lo había tenido que hacer él a la fuerza.

La tercera llamada obtuvo análogos resultados. Le parecía imposible que Edith no estuviera en casa, ya que la consideraba una muchacha formal y que no le habría dicho que lo aguardaba de no estar segura de que sería así.

—Tal vez se esté bañando y no me oye —murmuró, al mismo tiempo que hacía girar el pomo de la puerta.

Con gran sorpresa suya, la puerta no estaba cerrada con llave. Después de abrir, asomó medio cuerpo.

—¿Edith? — llamó.

El silencio era absoluto. De pronto Long se sintió invadido por una extraña y poco agradable sensación.

El bolso de Edith estaba encima de una consola situada junto a la entrada. Lo había dejado evidentemente a su llegada, pero de haber vuelto a salir se lo habría llevado consigo, calculó.

—Bueno, si está en el baño, espero que no se enfade demasiado…

Cerró la puerta, cruzó el apartamento y volvió a llamar a la cerrada puerta del cuarto de baño.

Instantes más tarde comprobaba con cierta decepción la ausencia de la muchacha. Fue a la cocina y no halló el menor rastro de preparación de un almuerzo.

—Quizá no tenía provisiones y ha salido a comprar —dijo esperanzadamente.

El frigorífico, apreció momentos después, estaba bien provisto. No hacía falta

salir a comprar víveres.

—¿Entonces…? — musitó.

De repente, movido por un impulso irresistible, corrió a la entrada y abrió el bolso de Edith.

Había allí algunos papeles de gran interés. Lleno de curiosidad, se sentó en el diván y empezó a leerlos.

Al cabo de un buen rato se había enterado de algo que ignoraba hasta aquel momento.

—¿Quién lo hubiera dicho? —murmuró entre dientes, a la vez que se guardaba los papeles en un bolsillo.

Luego pensó que Edith, acaso, habría ido a la peluquería, pero desechó la idea muy pronto. Se aferró de nuevo a su primitiva tesis: le parecía que tenía que ser una chica de palabra. Si le había dicho que estaría en casa, así debía ser.

Pero no estaba, e indudablemente si se había ausentado era por alguna causa grave, por algo de verdadera importancia.

«¿Qué puede ser?», se preguntó.

Sentíase inquieto y desazonado. Bruscamente, vio algo que le hizo fruncir el ceño.

Era la huella parcial de una pisada. Un zapato de hombre, que había pisado algo de grasa en alguna parte. Aunque no estaba completa, se veía claramente que no había sido producido por un zapato femenino.

Una garra helada oprimió su corazón. ¿Quién había estado allí antes de su llegada?

Durante unos momentos permaneció indeciso, tratando de coordinar sus pensamientos.

Luego, súbitamente, echó a andar hacia la puerta.

Cuando llegó al vestíbulo se encaró directamente con el conserje.

—La señorita Calder me había citado en su apartamento, pero no está —manifestó—. ¿La ha visto salir usted?

—Sí, señor. Iba en compañía de un hombre al que no había visto en mi vida. Parecían tener mucha prisa…

—¿Le dijo algo ella? ¿Le dio un recado para mí, Jammy Long?

—No, señor Long, no dejó nada en absoluto.

La angustia del joven creció. Estaba claro: Edith había sido secuestrada. ¿Por quién?

—¿Se fijó usted en el individuo? — preguntó.

—Sí, es un tipo difícil de olvidar. Parece un gorila vestido con ropas de hombre…

Era suficiente. En aquel instante, Long conoció la identidad del secuestrador. Pero ¿por qué?

El motivo importaba poco. Era más importante saber el lugar donde se hallaba Edith en aquellos instantes.

El teléfono sonó de repente.

—Disculpe —dijo el portero.

Atendió la llamada, y tendió el teléfono al joven.

—Es para usted, señor Long.

Sorprendido, Long se llevó el aparato a la oreja.

—¿Si?

—Jammy, creo saber dónde se han llevado a la chica.

Atónito. Long reconoció la voz de Audrey.

—Pero ¿qué diablos hacías tú…?

—Te lo explicaré en seguida. Bueno, tardaré un rato, porque estoy algo lejos de esa casa, pero será mejor que me aguardes. De este modo nos encontraremos con toda seguridad. No te muevas de ahí, ¿entendido?

—Conforme. Gracias. Audrey.

Long devolvió el teléfono al conserje.

—Gracias. Era una amiga de la señorita Calder.

—Lo celebro infinito —respondió el aludido.

***

El coche frenó casi violentamente y Long se precipitó en su interior de un salto.

—Bueno, habla —dijo, impaciente.

—Apostaría algo bueno a que se la han llevado a Villa de Oro. Al menos ésa es la ruta que siguió el automóvil en que viajaba esa chica con una especie de simio trasplantado a este planeta.

—Conozco al sujeto —dijo Long ceñudamente—. Se llama Tremayne y era un informador de mi amigo el periodista.

—Bueno, eso es algo. Ahora, Tremayne sin duda está del lado del asesino que corta los dedos de sus víctimas.

—Sí, pero ¿qué diablos tiene que ver Edith Calder con esos crímenes?

—¿No te parece que lo averiguáremos mejor en Villa de Oro?

—¿Lo crees así?

—Al menos hay muchas posibilidades, Jammy.

Long procuró tranquilizarse.

—Está bien, Audrey. Ahora, por favor, dime qué hacías cuando viste salir de su casa a la señorita Calder.

—Dime tú primero qué clase de relaciones os unen —respondió ella secamente.

—Somos buenos amigos. Es una chica agradable, simpática, y me ha ayudado desinteresadamente, eso es todo. ¿Acaso tienes celos de ella? ¿Te dedicas a espiarla?

—No quiero tocar este tema. También yo te he ayudado, ¿no?

—Está bien, te daré las gracias. Pero creo que en este asunto te imaginas cosas que no son ciertas. Para tu tranquilidad, te diré que aún te quiero y que no estoy enamorado de Edith Calder.

—¿De veras, Jammy?

Long alzó la mano derecha.

—Soy sincero —afirmó.

«¿De veras lo soy?», se preguntó, sumido en unas dudas que no se atrevía a despejar.

Durante el resto del trayecto permaneció silencioso casi todo el tiempo. Sólo cuando ya llegaban a las inmediaciones de la residencia de Marawnee despegó los labios para dar un consejo a la joven:

—Audrey, convendría dejar el coche fuera de la vista.

—Sí, es una buena idea —aceptó ella.

Se acercaron a la casa en silencio, procurando no ser divisados desde el interior. Long lamentó en aquellos momentos no haberse quedado la pistola de Tremayne, pero tampoco pensaba echarse atrás, habiendo llegado ya a una situación que estimó crítica.

Empujó la puerta y aguzó el oído, pero no captó el menor sonido. Audrey aguardaba anhelante tras él. Pasados unos momentos, Long hizo un gesto con la mano y franquearon el umbral.

—No parece que haya nadie —dijo él—. ¿No te habrás equivocado al traerme aquí, Audrey?

—Podría ser, pero tengo la seguridad de que la trajeron a esta casa. Además, estamos solos en el vestíbulo. Hay muchos sitios donde esconder a una persona, ¿no crees?

—Desde luego.

—Jammy, me pregunto por qué han tenido que secuestrar a Edith Calder. ¿Qué tiene que ver ella con estos horrendos crímenes?

—Creo que sabe cosas que pueden comprometer gravemente al asesino —repuso el joven—. Anda, vamos a ver…

Long cruzó el vestíbulo y se encaminó a la sala donde había tenido lugar la reunión de los «herederos» días antes. Audrey le seguía inmediatamente y de pronto, tras abrir la puerta, vio que sufría un tremendo estremecimiento.

La curiosidad le hizo alzarse de puntillas. Inmediatamente lanzó un grito de horror.

Long se llenó los pulmones de aire. Los gemelos Neele estaban allí, sentados a la mesa, en sendas sillas, pero con las cabezas dobladas sobre el pecho. Dado que su cuerpo quedaba apretado contra el borde de la mesa, podían mantener el torso erguido, aunque el cuello ya no tenía fuerzas para sostener la cabeza.

Estaban frente a frente, cada uno con el brazo derecho sobre la mesa. La falta de los dedos índices era claramente visible y la sangre brillaba sobre la pulida

superficie de caoba.

En el absoluto silencio que siguió al grito de Audrey, Long percibió un tétrico sonido que erizó sus cabellos.

Era el ruido de la sangre al gotear desde la mesa al suelo.

Pero aquel espantoso y casi rítmico «chap—chap» también fue algo que le hizo captar un detalle con meridiana claridad: las muertes de los gemelos eran muy recientes. Aunque no tocó los cuerpos, tenía la seguridad de que aún conservaban en parte el calor de la vida.

Al cabo de unos momentos, cerró la puerta y se volvió hacia la joven.

—Audrey…

Ella hacía grandes esfuerzos por mantenerse serena, pero tenía el rostro blanco como la nieve.

—¿Sí, Jammy?

—Los han asesinado hace muy poco. Aún gotea la sangre…

—¡Por favor! —dijo ella crispadamente.

—Estás aquí por tu propia voluntad —respondió Long con acento de reproche —. Pero puedes marcharte si quieres.

—Tú te quedas, supongo.

—Tengo que averiguar qué ha sido de Edith. Ella se dispuso a ayudarme desde el primer día y no me perdonaría jamás que le hubiese ocurrido algo por mi culpa.

—Pero no sabemos dónde está…

Repentinamente, Long echó a andar hacia la escalera.

—Creo que sí lo sé —dijo.

Audrey corrió tras él. Momentos después Long señalaba el armario en que se había escondido días antes.

—¿Te atreves a utilizar de nuevo ese ascensor?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—A tu lado, me siento segura —declaró.

—Gracias, pero como armas sólo tengo mis manos.

Los labios de Audrey temblaron perceptiblemente.

—Creo que ya no podemos retroceder, Jammy —murmuró.

—En efecto —convino él—. Hemos llegado al punto de «no retorno» y tenemos que seguir adelante, cueste lo que cueste.

CAPITULO XII

La falta de sonidos impresionaba profundamente. A Long le pareció hallarse en un mundo donde hubiera sido proscrito el ruido. Nunca había estado en un lugar tan silencioso, se dijo.

Sobre una mesilla, en el dormitorio, vio una antigua palmatoria con una vela a medio consumir, y la encendió inmediatamente. Luego se encaminó al armario con paso firme.

Entró y Audrey se pegó a él temerosamente. La luz de la vela le permitió ver el bien disimulado cuadro de control. Tras presionar el botón de puesta en marcha, el suelo del ascensor se hundió bajo sus pies.

El viaje les pareció interminable, aunque en realidad duró unos pocos segundos. Pero en los dos últimos metros algo falló y el ascensor cayó de golpe.

Audrey lanzó un grito de susto y se aferró al joven. Long se tambaleó, pero pudo mantener el equilibrio, mientras sentía que unas maderas crujían bajo sus pies. El choque, sin embargo, no resultó demasiado fuerte.

—Jammy, salgamos de aquí cuanto antes —dijo Audrey llena de pánico.

Long se dispuso a abrir la puerta, pero en aquel momento se fijó en algo que había permanecido oculto hasta entonces.

El impacto del ascensor contra el suelo había quebrado el piso, de simples maderas, como debía ser el de un armario corriente. Entre las astillas se veía algo que le dejó estupefacto.

Durante unos segundos se sintió paralizado por el asombro. Luego entregó la palmatoria a la joven.

—Alúmbrame —ordenó.

Long se arrodilló y empezó a apartar las tablas con la mano. Audrey sintió que se le suspendía la respiración.

—Dios mío, está lleno de billetes…

Long, arrodillado todavía, enseñó varios fajos de billetes, que sostenía con ambas manos.

—Qué te parece, ¿eh? —¿El premio para el que consiga los siete dedos?

—No lo sé. Juraría que hay más, mucho más de medio millón. Y además, creo saber cuál es el origen de este dinero.

—¿De verdad?

Long dejó caer los fajos de billetes y se puso en pie.

—La vida de Edith es infinitamente más valiosa —contestó.

Abrió la puerta del armario y se encontró en un vasto sótano, alumbrado por dos bombillas que pendían del techo. Entonces vio a Edith.

La muchacha estaba sentada en una silla, a la cual había sido atada con una fuerte soga.

Long le dirigió una sonrisa de ánimo.

—No te preocupes —dijo—. Ahora te rescataremos.

Salió del armario y Audrey lo hizo tras él. Long la señaló con el pulgar.

—Ella es Audrey, mi prometida —dijo—. Audrey, te presento a Edith Calder.

—¿Cómo está usted, señorita? —saludó Audrey fríamente.

—El momento no es el más adecuado para cortesías, pero debo decir que celebro conocerla, señorita Hatterly —dijo Edith.

—Está bien, basta de charla —cortó Long—. Ahora mismo soltaremos esos nudos…

Hablaba mientras se acercaba a la prisionera. Cuando ya rozaba la cuerda,

sonó una voz a poca distancia:

—No la toques. Jammy.

***

Long se inmovilizó en el acto, sin volver la cabeza. Audrey se tapó la boca con una mano, para evitar un grito.

Edith permanecía silenciosa. Al cabo de unos momentos, Long dijo:

—Ciertamente, estabas en un lugar donde no resultaba fácil localizarte. Bucky Callahan. Aunque no has estado aquí todo el tiempo, ¿verdad?

—Me he movido mucho, en efecto —contestó el aludido.

—Matando a la gente y cortándoles los dedos índice.

—Era el premio. Valía la pena, creo.

—Bucky, eres un mentiroso. Tú buscabas algo más que medio millón de dólares.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el asesino, sorprendido.

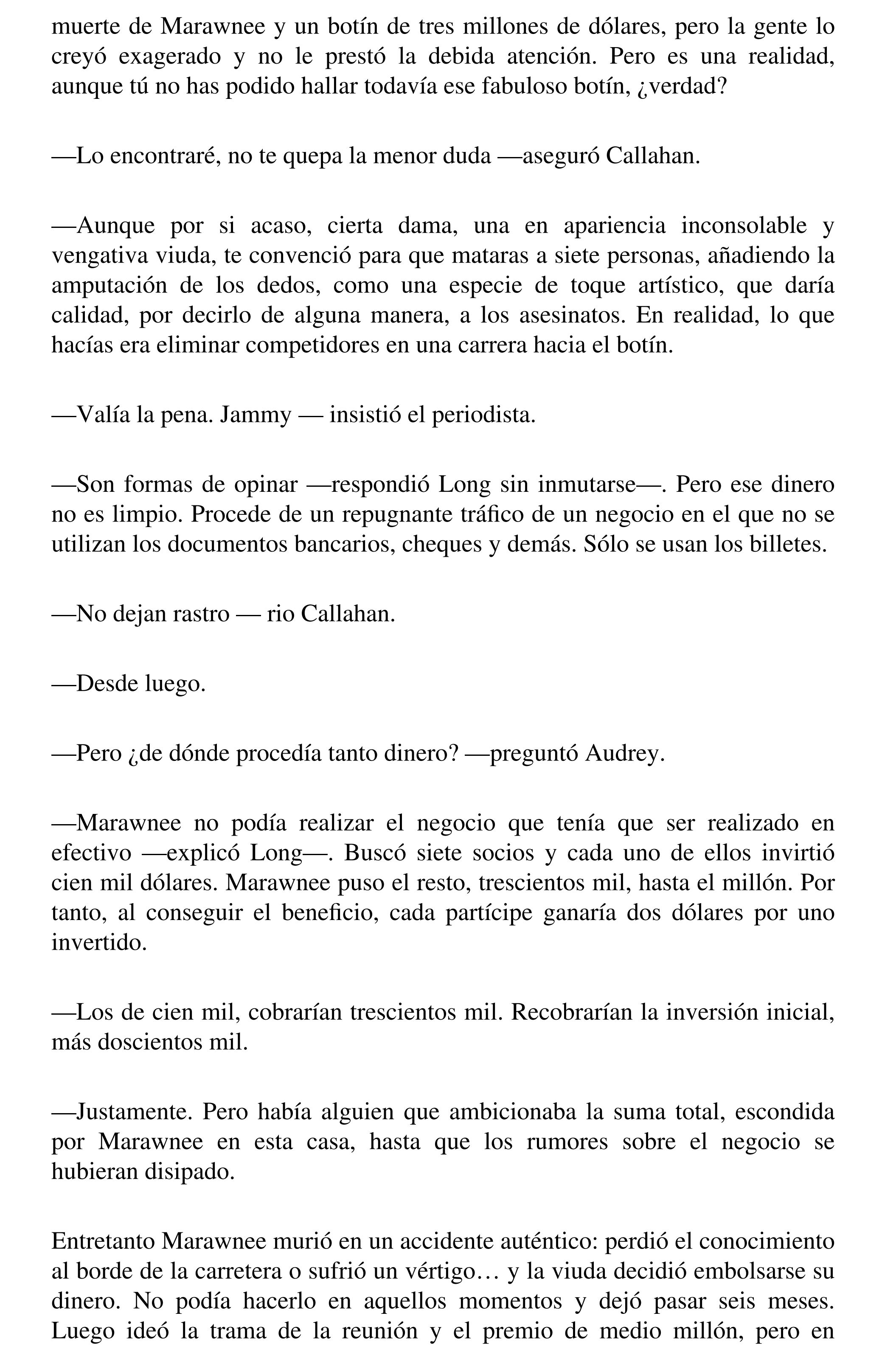
—¿Por qué has traído a Edith aquí, sino para evitar que descubriese el secreto de los tres millones de dólares?

—¡Tres millones! —exclamó Audrey sin poder contenerse.

—Así es, tres millones, ni un centavo menos.

Long se volvió de pronto hacia el periodista.

—Publicaste tiempo atrás una noticia, más bien una insinuación, acerca de la



muerte de Marawnee y un botín de tres millones de dólares, pero la gente lo creyó exagerado y no le prestó la debida atención. Pero es una realidad, aunque tú no has podido hallar todavía ese fabuloso botín, ¿verdad?

—Lo encontraré, no te quepa la menor duda —aseguró Callahan.

—Aunque por si acaso, cierta dama, una en apariencia inconsolable y vengativa viuda, te convenció para que mataras a siete personas, añadiendo la amputación de los dedos, como una especie de toque artístico, que daría calidad, por decirlo de alguna manera, a los asesinatos. En realidad, lo que hacías era eliminar competidores en una carrera hacia el botín.

—Valía la pena. Jammy — insistió el periodista.

—Son formas de opinar —respondió Long sin inmutarse—. Pero ese dinero no es limpio. Procede de un repugnante tráfico de un negocio en el que no se utilizan los documentos bancarios, cheques y demás. Sólo se usan los billetes.

—No dejan rastro — rio Callahan.

—Desde luego.

—Pero ¿de dónde procedía tanto dinero? —preguntó Audrey.

—Marawnee no podía realizar el negocio que tenía que ser realizado en efectivo —explicó Long—. Buscó siete socios y cada uno de ellos invirtió cien mil dólares. Marawnee puso el resto, trescientos mil, hasta el millón. Por tanto, al conseguir el beneficio, cada partícipe ganaría dos dólares por uno invertido.

—Los de cien mil, cobrarían trescientos mil. Recobrarían la inversión inicial, más doscientos mil.

—Justamente. Pero había alguien que ambicionaba la suma total, escondida por Marawnee en esta casa, hasta que los rumores sobre el negocio se hubieran disipado.

Entretanto Marawnee murió en un accidente auténtico: perdió el conocimiento al borde de la carretera o sufrió un vértigo… y la viuda decidió embolsarse su dinero. No podía hacerlo en aquellos momentos y dejó pasar seis meses. Luego ideó la trama de la reunión y el premio de medio millón, pero en

realidad los siete participantes estaban ya condenados a muerte. El ejecutor de la sentencia fuiste tú, Bucky, aunque, eso sí, ayudado eficazmente por tu informador, Harvey Tremayne.

—Resultó un buen colaborador, desde luego —admitió Callahan con enorme cinismo.

—Sobre todo en dos aspectos: esconder los cadáveres, a veces utilizando el cesto de la ropa sucia de una supuesta lavandería, y también para grabar cierta cinta, con la voz de un difunto. Le oí hablar en una ocasión y me pareció una voz conocida. Lo que no he entendido, sin embargo, es por qué tuve que asistir yo a una reunión en la que realmente no pintaba nada.

—Era preciso engañar a los otros. Ninguno me conocía personalmente y así se confiaban…

—Puede que lo hicieras por eso, pero en el fondo había alguna razón más poderosa. ¿Me equivoco, Bucky?

Callahan lanzó un profundo suspiro.

—He tenido mucho éxito como periodista, pero me he creado también muchos enemigos. Algún día podrían darme un disgusto… y tres millones de dólares iban a servirme para desaparecer definitivamente y vivir sin problemas en algún remoto rincón del planeta.

—No está mal pensado. Pero el caso es que todavía no has encontrado el botín.

Los ojos del periodista se entrecerraron.

—Está en la casa. Marawnee lo escondió antes de morir. Se lo confió a su esposa, claro…

—Y ella no te lo ha querido decir.

—Cynthia espera a que todos los participantes hayan muerto.

—Los Neele cierran esa monstruosa cadena, Bucky.

—Sospecharon que el dinero podría estar aquí, vinieron… y los sorprendí, uno a uno.

—Bucky, a ti no te gustó la idea de que yo metiese la nariz en este asunto. Por eso me enviaste un mensaje, con un falso dedo, ¿verdad?

—¿No estuvo bien pensado?

Long hizo un gesto de pesar.

—Debieras conocerme. Estudiamos juntos y sabes que cuando me propongo realizar algo, lo hago. Soy muy tenaz, ¿sabes?

—Pequeños detalles, a veces, son causa de grandes catástrofes —dijo el periodista desenvueltamente.

—Es posible. Bucky, tú que pareces saberlo todo, ¿por qué tuvo que morir Patterson en el panteón?

Callahan se echó a reír.

—Pobre idiota. Creyó que el dinero podía estar escondido en la tumba de Marawnee…

—La tapa era falsa, de poliuretano.

—La auténtica se rompió durante la instalación. El marmolista no había terminado aún la nueva y hubo de poner una simulada.

—Bucky, son siete asesinatos. Supongo que no has enviado a la viuda más que el primer dedo índice. O tal vez, como no examiné el paquete, allí no había ningún dedo. ¿Dónde están los cadáveres?

Callahan pateó el suelo.

—Aquí… Bueno, no en este sótano. Quiero decir, en algún lugar de esta casa…

—¿Era Tremayne tu enterrador particular?

Callahan emitió una risa baja, siniestra.

—Me ayudará a enterrar tres cadáveres más anunció.

Audrey se apretó instintivamente contra el joven. Long volvió la vista hacia Edith y apreció que mantenía la serenidad, pese a la palidez de su rostro.

Meneó la cabeza, apesadumbrado.

—Todos te creían muy lejos de la ciudad, y eso les hacía sentirse confiados —dijo—. Así podías moverte con facilidad y sorprenderlos sin peligro para ti. Pero has fallado en una cosa, Bucky: sigues sin saber dónde están los tres millones de dólares.

—¿Acaso lo sabes tú?

Long vaciló un momento. De pronto oyó unos ruidos extraños en el ascensor, que había cerrado al salir al sótano.

De un salto se plantó ante el ascensor y abrió la puerta de golpe.

Dos personas se irguieron súbitamente, sorprendidas por la acción del joven. Cynthia y Tremayne tenían sendos sacos en las manos, que estaban llenando con los fajos de billetes que había en el fondo roto del ascensor.

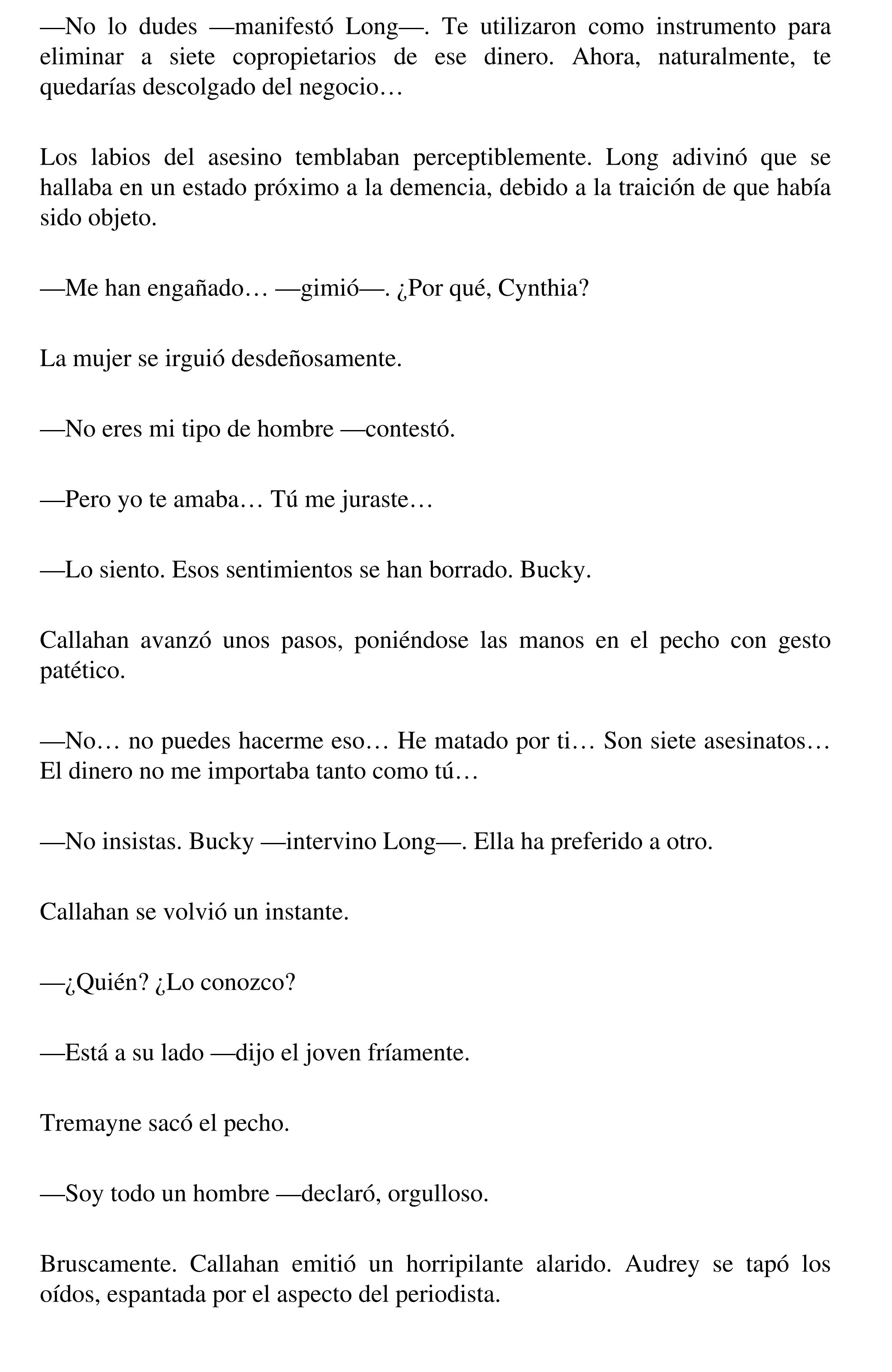
—Ellos sí sabían dónde está el dinero —exclamó Long casi triunfalmente.

***

Una cuerda gruesa colgaba de las alturas y Long adivinó que tanto la mujer como el simiesco individuo se habían descolgado por ella, para cargar con el dinero sin ser vistos.

Los ojos de Callahan despidieron chispas de fuego al contemplar la escena.

—Querían traicionarme —dijo.



—No lo dudes —manifestó Long—. Te utilizaron como instrumento para eliminar a siete copropietarios de ese dinero. Ahora, naturalmente, te quedarías descolgado del negocio…

Los labios del asesino temblaban perceptiblemente. Long adivinó que se hallaba en un estado próximo a la demencia, debido a la traición de que había sido objeto.

—Me han engañado… —gimió—. ¿Por qué, Cynthia?

La mujer se irguió desdeñosamente.

—No eres mi tipo de hombre —contestó.

—Pero yo te amaba… Tú me juraste…

—Lo siento. Esos sentimientos se han borrado. Bucky.

Callahan avanzó unos pasos, poniéndose las manos en el pecho con gesto patético.

—No… no puedes hacerme eso… He matado por ti… Son siete asesinatos… El dinero no me importaba tanto como tú…

—No insistas. Bucky —intervino Long—. Ella ha preferido a otro.

Callahan se volvió un instante.

—¿Quién? ¿Lo conozco?

—Está a su lado —dijo el joven fríamente.

Tremayne sacó el pecho.

—Soy todo un hombre —declaró, orgulloso.

Bruscamente. Callahan emitió un horripilante alarido. Audrey se tapó los oídos, espantada por el aspecto del periodista.

Callahan sacó algo del interior de la manga de su chaqueta. Era un estilete, largo de unos veinte centímetros, delgado como una aguja y con el filo de una navaja de afeitar.

Saltó hacia adelante, sin dejar de chillar estridentemente. Antes de que Cynthia pudiera mover una mano, el estilete seccionó su cuello.

La mujer gorgoteó horriblemente, mientras iba de un lado para otro intentando en vano contener la espantosa hemorragia causada por el acero. Audrey retrocedió, aterrorizada, mientras Edith cerraba los ojos para no contemplar aquella horripilante escena.

Cynthia cayó de rodillas, arrojando caños de sangre por la tremenda herida. Pero Callahan, perdida la razón, no se había quedado quieto.

Ciego por completo, se arrojó contra Tremayne y le asestó una terrible puñalada en el pecho. El confidente lo rechazó y sacó una pistola.

Callahan atacó de nuevo. La pistola se disparó una vez, pero la mano del periodista se movía una y otra vez, acuchillando salvajemente a su adversario.

Sonó otra detonación. Tremayne cayó al suelo y Callahan encima de él, resistiendo de una forma que a Long le pareció poco menos que milagrosa. El estilete seguía subiendo y bajando y hundiéndose una y otra vez en las carnes de Tremayne, quien ya había dejado de moverse.

De pronto Callahan emitió un horrible ronquido y se venció hasta adelante. Perneó un poco, y muy pronto se quedó quieto, tendido sobre el cadáver de su última víctima, en medio de un enorme charco de sangre.

Long reaccionó. Debía sacar a las mujeres de allí lo más pronto posible.

Y también había que avisar a la policía.

***

Con gesto brusco, Audrey se plantó delante del joven y puso las manos en los costados.

—Bueno, y ahora, ¿qué? Ya se ha acabado todo, se ha desvelado el misterio, tres millones de dólares han sido recuperados… Te has divertido un poco, ¿verdad?

Long sonrió.

—Pero también he pasado mucho miedo —confesó.

—Y yo, claro, aunque espero que esto nos cure de la afición a las aventuras por el resto de nuestros días. Has hecho el héroe un tiempo y ya es hora de que vuelvas a ser un hombre corriente y normal… a mi lado, naturalmente.

Con aire pensativo, Long se pellizcó el labio inferior.

—De modo que sigues queriendo que me case contigo —dijo.

—¡Naturalmente! ¿Qué otra cosa puedo esperar? Yo te quiero, tú me quieres… y mis padres perdonarán sin dificultad tu espantada. Vamos, contéstame de una vez: ¿cuándo nos volvemos a San Francisco?

Long meditó unos instantes.

Era una muchacha verdaderamente hermosa, pero había heredado el enérgico carácter de su padre.

Dentro de quince años el señor Hatterly se retiraría de los negocios. Audrey heredaría su puesto.

Sería una mujer de negocios fría, eficiente, dura y despiadada con los competidores.

Acudiría a fiestas y reuniones, viajaría constantemente, buscando nuevos clientes y consiguiendo ventajosos contratos. «Esta noche no puedo cenar contigo, querido; tengo una reunión con los ejecutivos… Mañana estoy invitada a un almuerzo de trabajo con el presidente de la Comisión de Armamento… Esta noche tenemos que asistir a la ópera; no podemos faltar, así que procura vestirte como corresponde y ser puntual… No leas el

periódico durante el desayuno; no tires la ceniza de tus cigarros al suelo… Esa comida no te conviene; te aumentará el colesterol… Tienes que hacer gimnasia, estás echando barriga…»

«¿Es éste el porvenir que me aguarda junto a ella?», se preguntó, terriblemente desazonado.

Audrey le contemplaba con ansiedad. Al cabo de unos momentos, Long alzó la vista.

—Lo siento —dijo—. Tomé una decisión y no pienso volverme atrás. No serías feliz conmigo. Encontrarás pronto un esposo mejor que yo, Audrey.

Ella se quedó con la boca abierta, sin saber qué responder. En silencio, Long abrió la puerta y salió a la calle.

Respiró a pleno pulmón. Le parecía haberse liberado de un peso gigantesco, abrumadoramente opresivo; una carga que duraría mientras viviese y no se sentía dispuesto a soportarla.

Pero tampoco se sentía, ni lo quería, libre del todo.

Tomó un taxi. Minutos más tarde se detenía ante un mostrador, tras el cual se hallaba una muchacha de pelo negro y ojos de noche, fresca y radiante como una rosa al amanecer, pensó al verla

—¡Jammy, qué alegría! —exclamó Edith—. Pensé que te habrías marchado a Los Angeles…

—No. Quizá me vaya, pero no sin saber algo muy importante.

—Si puedo ayudarte… ¿Qué es, Jammy?

—Edith, ¿quieres casarte conmigo?

La muchacha, sorprendida, abrió la boca un instante, pero luego sonrió de una forma particularmente encantadora.

—Sí, Jammy, quiero casarme contigo —respondió.

FIN